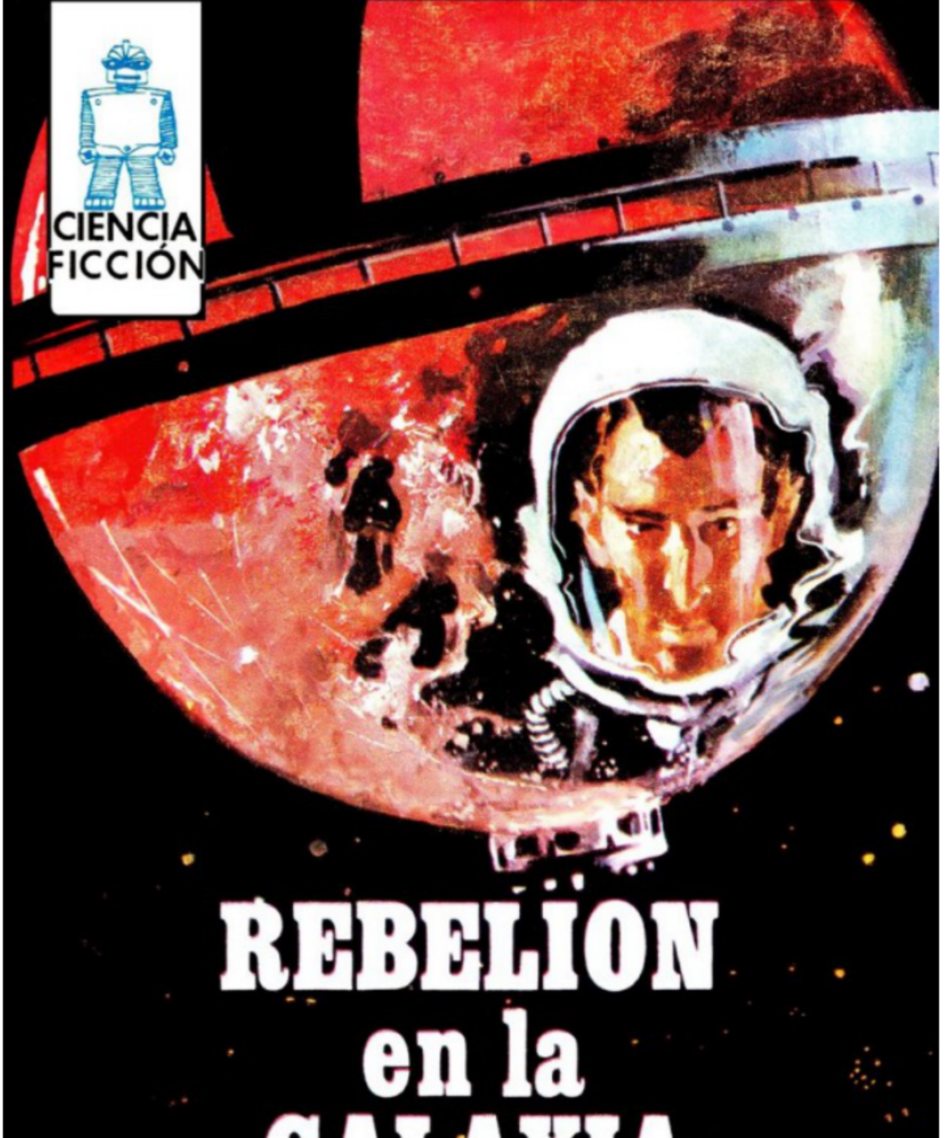

CIENCIA
FICCIÓN
REBELION
en la
GALAXIA
Clark Carrados

CLARK CARRADOS

Rebelión en la Galaxia

Ediciones TORAY
Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
Barcelona Buenos Aires

PORTADA: NOIQUET

Junio – 1972

Depósito Legal B. 24.232 - 1972

Printed in Spam - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

INTRODUCCIÓN

Esta es, o pretende serlo, la historia del TRAIDOR. Durante decenas de generaciones, durante varios siglos, David Henríquez fue conocido por antonomasia con el sobrenombre citado. Nada más decir el TRAIDOR era nombrar claramente a Henríquez, ex coronel de la caza interceptora sideral, y apenas pronunciada tan infamante palabra, el que lo había hecho se apresuraba a escupir como si quisiera limpiar su boca de algo terriblemente infecto. En la memoria de las gentes terrestres, solamente Judas le sobrepasaba, y no faltaron muchos que creyeron que Henríquez era una reencarnación del apóstol que vendió al Divino Maestro.

Todavía, en muchos sitios, su nombre sigue siendo odiado, pero poco a poco, la luz de la verdad se va abriendo paso. El autor quiere que las líneas que van a seguir sean un golpecito más para devolver su buen nombre, para reivindicar su honor, al que no tuvo inconveniente en perderlo, al menos ante los ojos de sus contemporáneos, pero movido por un fin ambicioso: el de conseguir a todo trance una paz duradera e infinita, no solamente en la Tierra, sino en los demás planetas de la Galaxia solar, sacrificando para ello todos sus más caros afectos. Sus amistades le abandonaron. Su prometida le arrojó al rostro el anillo de pedida. Sus compañeros de ejército, en Tribunal de Honor, acordaron desposeerle de todos los grados y condecoraciones obtenidos, pero David Henríquez no vaciló jamás. Se trazó un plan y, gracias a él, la paz en la Tierra no es una mera entelequia, algo que solamente puede hallarse en Utopía, sino que nuestro planeta es Utopía mismo, y gracias al TRAIDOR, nombre que substituyó al de HÉROE con que se le conocía, las guerras, no solamente en la superficie de nuestro viejo

globo, sino con los demás del Sistema, han quedado desterradas y abolidas para siempre, quedando únicamente como un lejano y desagradable recuerdo, útil únicamente para estudiosos e investigadores.

Esta es, pues, la historia del TRAIDOR. El autor ya lo ha dicho: quisiera que esta obra coadyuvara a hacer comprender a las gentes el oscuro heroísmo de un sacrificio, y que solamente fue comprendido por unos cuantos clarividentes que con él marcharon a fundar una nueva colonia en Ganímedes, el satélite de Júpiter, de mejores condiciones de habitabilidad y que, en premio a su «traición», le fue concedido en propiedad plena para sí y sus descendientes por el Consejo Supremo del Gobierno del Sistema, concesión que, hasta hoy, no ha sido revocada.

La historia del TRAIDOR comienza en el momento en que, derrotadas, acosadas, destrozadas, en los finales de la I —y única— Guerra Intergaláctica, las fuerzas terrestres comienzan a batirse en retirada…

CAPÍTULO PRIMERO

El crucero ligero «Polux» navegaba a enormes velocidades por la negrura de los espacios, zigzagueando desesperadamente, evitando las continuas andanadas de torpedos con cabeza electrónica que le dirigía el enemigo. En el asiento del puesto de mando se encontraba el coronel Henríquez, teniendo a su lado al segundo, capitán Sillitoe, que ocupaba tal grado por muerte del comandante Rinaldi, y ante ellos se reflejaban claramente todas las fases de la batalla que estaba a punto de terminarse ya.

—Esto se acaba —murmuró con desesperación Sillitoe—. ¡Cuidado, señor!

Un rápido movimiento de la mano derecha de David hizo que el aparato se desviara de la ruta que seguía aquel torpedo disparado contra ellos, cuyo cerebro electrónico, al fallar la explosión por contacto directo, hizo funcionar en el acto la espoleta de proximidad. Una cegadora llamarada cárdena deslumbró por un instante los ojos de los dos hombres, en tanto que se sentían violentamente arrojados a un lado por la violencia de la explosión, producida a menos de cien metros de distancia.

Como si una invisible mano le hubiera asestado un gigantesco puñetazo, el «Polux» se vio arrojado a un lado, bailoteando frenéticamente a consecuencia del impacto, pero, aun sintiendo un horrible dolor en los puntos en que las correas de sujeción oprimían su cuerpo, David consiguió enderezarlo, y lanzó las palancas de gas a fondo.

— ¡Señor, van a estallar los turborreactores! —exclamó asustado Sillitoe.

— ¡Mejor! Así no tendremos que contemplar con nuestros

propios ojos la vergüenza de la derrota —repuso ceñudo Henríquez, haciendo que el aparato gimiera lastimeramente al saltar hacia adelante, en tanto que la aguja del velocímetro oscilaba peligrosamente en la divisoria de seguridad, indicada en la esfera por una línea roja. ¡Doscientos cincuenta mil kilómetros a la hora!

David se inclinó hacia adelante, llamando:

—Comandante a repuesto torpedos. ¿Hay alguno listo?

—Repuesto torpedos a comandante. Tenemos dos, señor.

— ¿Sólo dos? —gruñó David, harto descontento, viendo reflejarse en la pantalla un par de navíos siderales enemigos que se dirigían a toda marcha hacia él, añadiendo a continuación—:

— ¡Sillitoe, conecte el deflector de meteoritos!

—A la orden, señor. Deflector de meteoritos conectado.

David volvió a llamar:

— ¿Qué diablos ha pasado que no hay más que dos torpedos?

—Señor, las máquinas dos y cuatro están totalmente destrozadas. Una explosión enemiga las destruyó. La uno y tres están intactas, pero nos quedamos sin corriente eléctrica y la central de emergencia no da el voltaje suficiente.

— ¡Está bien! Coloquen los torpedos en los tubos uno y dos. ¡Rápido, si quieren seguir viviendo!

—Sí, señor —y al cabo de un minuto, se oyó la voz—: Tubos uno y dos, listos.

—Gracias. Activen la producción o no podrán contarlo.

La mano de David se posó en los botones disparadores que tenía a su alcance, en tanto que sus ojos miraban fijamente en la pantalla, la que, por un procedimiento telescópico, aproximaba la visión de los objetos lejanos que enfocaba su objetivo, pudiéndose graduar a voluntad. El radar, a la derecha, señalaba la posición y distancia de las dos naces enemigas, las cuales se aproximaban veloz mente.

De pronto, en la pantalla se reflejó un puntito luminoso que empezó a correr velozmente por el espacio en dirección opuesta a la que seguían ellos.

— ¡Torpedo, señor! —gritó Percy Sillitoe.

—Ya lo veo —repuso secamente David—: ¡Todo el voltaje al deflector!

—Ya está coronel —e inmediatamente se sintió una disminución en el potencial de la luz que les alumbraba, al mismo tiempo que

otro torpedo se desprendía de la nave que no había hecho fuego, caminando raudamente hacia el «Polux».

David contuvo la tensión de sus nervios. Sus dedos índice y medio estaban sobre los disparadores, en tanto que su mano izquierda oprimía la palanca de dirección en profundidad. Los dos torpedos se echaron encima con velocidad fulmínea.

A tres mil metros de distancia estallaron deslumbrantemente y, en el mismo momento, la astronave dio un brusco salto hacia arriba, ayudada por la violencia de las explosiones. Simultáneamente, de la proa de la misma salieron dos rayos de luz que se encaminaron hacia los dos cruceros enemigos que, dándose cuenta de la amenaza que se les echaba encima, se desviaron en una desesperada maniobra que no les sirvió para nada.

Implacablemente, como ejecutores de una Némesis vengadora, los dos torpedos fueron al encuentro de sus respectivos blancos, zigzagueando al mismo tiempo que ellos y, alcanzándolos al fin, los convirtieron en dos soberbios castillos de fuegos artificiales, cuyos resplandores iluminaron con todos los colores del espectro, durante unos segundos, el espacio circundante. Pero en el mismo momento, el «Polux» se tambaleó violentísimamente y fue arrojado hacia abajo, interrumpiendo este movimiento de descenso por otra explosión que le cogió por el vientre, zarandeándole brutalmente unos momentos, que fueron realmente angustiosos, en tanto que David luchaba desesperadamente por hacerse con los mandos.

Una serie de gritos llegaron a través de las transmisiones hasta el puesto de mando.

Se oyó:

— ¡Coronel Henríquez!

— ¿Qué ocurre? —preguntó éste.

— ¡Los tubos de popa han sido alcanzados! ¡Todos los hombres que había allí han muerto instantáneamente!

— ¡Cierre el compartimiento ahora mismo, Suggler!

— ¡Ya lo he hecho, señor!

—Necesito más torpedos. Estamos inermes.

—Dos minutos más, coronel y le cargaré los tubos de proa.

— ¡Sillitoe! —volvió a llamar David.

—Diga, señor.

—Trate de averiguar qué ha sido de nuestra escuadra. Hace rato

que no tenemos noticia de ninguno de ellos.

— ¡Sí, señor! —e inmediatamente el segundo, empezó a dejar oír una aburrida Melopea—: «Polux», a segunda escuadra. «Polux», a segunda escuadra…

Durante unos momentos, en tanto que el crucero navegaba por el espacio a toda máquina, escudriñando los rincones en su afán de hallar más naves enemigas, la voz de Sillitoe se dejó oír, hasta que al fin sus afanes fueron recompensados. Alguien le contestó:

—¡Crucero «Athos» de la segunda Escuadra, presente!

— ¿Dónde se encuentra, «Athos»?

—Estoy…

Una violenta explosión cortó súbitamente las palabras del locutor, al mismo tiempo que, en la lejanía se encendía una luminaria, que desapareció en pocos momentos.

—Estaba —murmuró con desaliento David—. Siga llamando, Percy.

—Sí, señor.

Y continuó su monótona labor, en tanto que el navío insignia de la Segunda Escuadra, comenzaba a describir un violento arco de circunferencia de 180°, para navegar en dirección opuesta.

— ¡Cargados todos los tubos de proa, señor! —llegó de improviso la voz del jefe de repuesto de torpedos.

—Gracias. Siga construyendo más —contestó David, continuando con el gobierno de la nave, que, terminada la virada, volvía al teatro de la lucha.

Unos minutos después, tras recorrer todo el espacio con el radar, David murmuró

— ¡Es raro! ¿Se da cuenta, Sillitoe, de que no hay ningún navío propio o enemigo por estos lugares? ¿A qué se debe esta repentina soledad?

—Lo ignoro, señor, pero me permitirá aventurar lo peor.

— ¿Cree…?

Sillitoe inclinó la cabeza. El momento tan temido deba haber llegado. Las fuerzas invasoras debían estar cayendo sobre la Tierra.

— ¿Qué diablos hacemos aquí entonces? —gritó, crispando los puños David—: ¿Qué órdenes tan estúpidas son las que nos han dado? De la Segunda Escuadra no queda más que el «Polux», dueño del espacio, pero ¿quiere usted decirme para qué nos sirve…?

Fue interrumpido bruscamente.

— ¡Atención! ¡Atención, Segunda Escuadra! ¿Dónde está? ¡Conteste inmediatamente!

— ¿Quién habla? ¿Quién es usted?

—Soy lo que queda del Mando Unido. Vuelvan pronto. La Armada enemiga está a punto de caer sobre nosotros. ¡Segunda Escuadra! ¿Me oye?

—Perfectamente, pero ¿sabe que la Segunda Escuadra es solamente ya el crucero «Polux»?

David esperó la contestación.

Se notó claramente la consternación más profunda en el acento del que respondió:

— ¡Santo Dios! ¿Es eso verdad?

— ¿Quiere que se lo escriba, señor? —murmuró David, ásperamente.

—No hay nada que hacer entonces. Pero, usted no es el almirante Burgess, ¿cierto?

—Usted lo ha dicho —rió amargamente David—: Voló con su cacharro. Y usted tampoco es el jefe del Estado Mayor, ¿verdad?

—Soy un simple comandante: Mueller. Dumesnil se pegó un tiro. No pudo soportar la visión de la próxima derrota, que ya no es tan próxima sino de completa actualidad. Aquí no tenemos ya nada que hacer. Por favor, ¿quién es usted?

—Henríquez, David Henríquez, coronel de la caza sideral.

—Mucho gusto. Le espero en el campo de concentración. Corto.

David y Sillitoe se miraron sombríamente. Las noticias no podían ser peores.

— ¿Qué piensa hacer, coronel?

—No sé qué ideas tendrá usted, Percy, pero en mis planes no ha entrado jamás el de levantarme la tapa de los sesos. Prefiero morir consumido por la explosión del «Polux», combatiendo.

—Estoy con usted, coronel. ¿A qué esperamos, pues? Cambie el rumbo a este cacharro.

David sonrió a su segundo, al mismo tiempo que hacía que el «cacharro», un esbeltísimo crucero de finas líneas, una maravilla de la ingeniería terrestre, describiese una amplia curva en el cielo, para lo cual redujo notablemente la velocidad, aumentándola al máximo en cuanto salió de ella, cuidando esta vez, no obstante, que la aguja

del velocímetro no tocara la línea de seguridad.

Como un rayo que llevase la muerte y la destrucción en sus entrañas, el «Polux» se desplomó por los espacios siderales, rumbo a aquel planeta que se veía como un puntito blanco verdoso a lo lejos y que comenzó a aumentar de tamaño poco a poco. A su derecha veíase otro circulito plateado, mucho más pequeño, pero de repente, de éste comenzaron a salir varias naves que se encaminaron en derechura al «Polux».

— ¡Quieren cortarnos el paso, coronel! —exclamó Sillitoe.

—Ya lo veo —repuso David, y llamó—: Comandante a repuesto torpedos. ¿Cómo va la fabricación?

—Hemos conseguido construir doce más, señor. Pero los tenemos almacenados, ya que la cámara de torpedos de popa está destrozada.

—De acuerdo. Llenen los tubos a medida que se consuman. No deje de consultar los indicadores, Suggler.

—Sí, señor. Así lo haremos.

Eran cuatro naves enemigas las que se acercaban a toda marcha. Casi se podía seguir su trayectoria a simple vista, por las estelas de llamas que dejaban atrás sus tubos reactores, pero se las veía decididas a destrozar uno de los últimos supervivientes de aquella terrible batalla que había consumido miles y miles de aparatos intersiderales.

David se dio cuenta de que aquel era el último acto. Conectó su micrófono con la red general:

— ¡Atención, atención! ¡Comandante a tripulación! Se acercan cuatro naves enemigas. Colóquense escafandras de vacío.

Él fue el primero en dar ejemplo. Tenía puesto el traje, de modo que no le costó nada ponerse la cúpula transparente que encajó en el acto con la arandela metálica del cuello. Dio media vuelta y el oxígeno de los depósitos planos que tenía sujetos a los muslos, en los cuales se encontraba comprimido a enorme presión, comenzó a salir y la maniobra terminó en el mismo momento en que cuatro torpedos fueron disparados simultáneamente.

— ¡Alargue el radio de acción del deflector, Sillitoe! —gritó David.

—Sí, señor —y la orden se cumplimentó oportunamente, porque cuatro llamaradas se extendieron súbitamente frente a ellos, y al

mismo tiempo, David soltó otros tantos torpedos que volaron al encuentro de sus objetivos.

Sin embargo, en esta ocasión, y en medio del profundo asombro de los dos, no destruyeron las naves enemigas. Reventaron a gran distancia de ellas, inofensivos por completo, y apenas se hubo pasado el resplandor de las explosiones, los aparatos enemigos se dispersaron en el espacio. Uno hacia arriba, otro por abajo y los dos restantes por ambos lados.

— ¡Por los dos satélites de Marte! —juró Sillitoe—. ¿Se ha fijado usted, coronel? ¡No les hemos hecho nada!

—Ya me he dado cuenta. Lo malo no es eso, sino que nos quieren rodear.

— ¿Por qué, señor?

—Para destruirnos; no sea ingenuo.

—No. Digo que por qué no han surtido el menor efecto los torpedos.

Meditó un momento David, buscando una explicación, hasta que al fin la halló.

—No hay otra forma de aclarar esto, sino que esas naves son nuestras.

— ¿Nuestras? —la voz de Sillitoe expresaba un absoluto asombro.

—Sí. Ellos no tienen deflector de meteoritos, pero como saben que esta defensa sólo se utiliza en el sentido de la marcha, quieren rodearnos. Esas naves han debido ser capturadas en la Base Cinco de la Luna. ¡Atención! ¡Ya están ahí!

Del aparato que tenían encima se desprendió un torpedo que fue esquivado a tiempo por David, no evitando totalmente sus efectos. Un espantoso estruendo se sintió en el interior del aparato, apagando unos gritos de agonía que llegaron perfectamente a través de los transmisores.

— ¡Repuesto! ¡Repuesto! —llamó David, sin obtener la menor contestación, y su rostro palideció—. ¡Han debido morir todos!

Hizo que el «Polux» se encabritara, describiendo un gigantesco «looping» en el espacio, cogiendo al paso un crucero enemigo, que desapareció al recibir un impacto de lleno, pero al mismo tiempo una espantosísima explosión le atronó los oídos.

Durante unos segundos, David permaneció en la inconsciencia.

Poco a poco fue recuperando la normalidad de sus actos, y cuando sus ojos percibieron claramente lo que le rodeaba, se quedó helado de espanto.

Un tremendo boquete había sido abierto por la fuerza de la explosión. Sillitoe yacía a su lado, con la cabeza inclinada, y cuando David quiso incorporarle se dio cuenta de que había muerto, degollado literalmente por un trozo de metal que le había alcanzado en el cuello, no obstante la protección del traje de vacío, el que había salvado la vida de Henríquez, ya que el aire respirable que había en la cabina, se esfumó por la anchurosa brecha abierta por el impacto.

Se dio cuenta de que su velocidad había descendido casi a cero. Navegaba únicamente por inercia. Las máquinas debían haber sido inutilizadas asimismo y, dejando caer los brazos, permitió que el desaliento le invadiera.

Estaba solo. Era el único superviviente de aquella orgullosa Segunda Escuadra, que tan felices se las prometiera, pero no tuvo tiempo de hacerse muchas reflexiones.

— ¡Coronel Henríquez! ¿Está vivo? ¡Conteste!

— ¿Quién… quién me llama? —inquirió, asombrado, de que todavía funcionaran, en medio de aquella destrucción, los transmisores.

—Le habla el general Mulliner. Jefe de la Tercera Fuerza Galáctica.

—No reconozco tal grado —contestó David, secamente.

Una risa se oyó claramente:

—Tendrán que reconocer muchas cosas ustedes, los terrestres, a partir de este momento —le contestó—. ¿Se rinde o prefiere morir estúpidamente? Ya ve que su deflector no le ha servido de nada a última hora.

—No tengo órdenes de rendición.

—No hay quién se las dé. Excepto yo, naturalmente. Pero si le interesa le diré que la guerra se está acabando y que ustedes han sido derrotados en toda línea. En el planeta se arrojan ya las armas y apenas quedan en el cielo media docena de tozudos como usted.

— ¡Mentira! —rugió encolerizado Henríquez, pero sabiendo en el fondo de su ánimo que el otro decía verdad.

—Coronel, usted sabe que es cierto cuanto digo. No se engañe,

pues. Tenemos su aparato a la vista. Tiene varias brechas. Sus torpedos han volado. Sus máquinas están paradas. No puede gobernarlo. ¿Piensa que así podrá obtener algo práctico? Procure tener un poco de sensatez y ríndase.

David miró desesperado en torno suyo. Tenía razón el general Mulliner. ¿Qué podía hacer él solo, contra tres aparatos, formidablemente armados, en plena posesión de sus medios de navegación, mientras que él se hallaba a bordo de un cascajo, que no valía ni el metal de que estaba construido? No tenía más que una salida.

Mas, antes de que hablara, se le anticipó Mulliner:

—Henríquez, hasta ahora ha sido usted el HÉROE. Es mejor ser un héroe vivo, que no un héroe muerto. A fin de cuentas, aun derrotados, la vida no deja de ser agradable a los treinta y cinco años. Y la Coalición Intergaláctica procurará hacer olvidar a los terrestres el amargor de la derrota. No habrá prisioneros, no habrá represalias. Solamente pacificación y desarme. ¿Qué le parece el programa?

— ¡A mí qué me cuenta! —exclamó, abrupta y groseramente, David, para arrepentirse inmediatamente de sus palabras. Pero no las retiró.

—Está bien. Veo que se da cuenta de su situación, coronel. Ahora colocaremos una nave a su costado para que pueda abandonar la suya.

Diez minutos más tarde, David, resignado, pasaba a bordo de la nave en que viajaba el general enemigo, y cinco después, un torpedo bien dirigido, disolvía el «Polux», para evitar que, perdido en el espacio, pudiera constituir un día una amenaza para la navegación sidérea. Y entonces, y sólo entonces, comprendió que todo había acabado para él, y tuvo que contenerse para evitar que una lágrima rodara por sus curtidas mejillas. Ya no era el coronel David Henríquez, sino el señor Henríquez, un hombre como otro cualquiera, cuyo problema más inmediato sería el encontrar un trabajo que le permitiera vivir.

Y con estos amargos pensamientos, dejó que lo llevaran a la Tierra, mudo, silencioso, sin hablar palabra con nadie.

CAPÍTULO II

Una doble fila de soldados de la Coalición Intergaláctica, vestidos de rojo, con el emblema de la misma en amarillo y negro, sobre el pecho, y un fusil atomizador «Bargan» en las manos, se apareció ante los ojos de David al desembarcar éste de la astronave, llegado a la Tierra.

A una voz de mando, dura y rígida, los soldados presentaron armas con un movimiento matemático, exacto, lo que hizo que David volviera sus negras pupilas hacia el general Mulliner:

— ¿Qué es esto? —inquirió, extrañado.

Le sonrió, complacido, su interlocutor.

—Nos gusta honrar a los héroes, sea de la planetalidad que sean, coronel. Y no hay duda de que usted lo es.

—Política de atracción, ¿eh? El vencedor quiere atraerse al vencido —murmuró, con sarcasmo, David—. La generosidad es barata.

—Siempre ha ocurrido esto —dijo, imperturbable, Mulliner—. Quiero decir, siempre que el que gana una guerra, tiene luego dos dedos de frente. ¿Qué íbamos a ganar encerrándole, coronel?

—Quizá más que dejándome suelto y, aparentemente, muy honrado.

Mulliner rió, como si las palabras de Henríquez le hicieran mucha gracia.

— ¡Oh, no! Usted es inteligente, Henríquez. Sabe que todo intento de sublevación contra nosotros está condenado de antemano al fracaso. Ha peleado como un valiente, pero jamás se le ocurrirá arriesgar el pellejo en una empresa cuyo fin es fácilmente previsible. ¿Vamos?

Echaron a andar. Caminando entre las dos filas de rígidos soldados cuyas miradas no veían a los dos personajes que pasaban por delante de ellos, cruzaron el trozo de pista a cuyo final esperaba un coche, cuya puerta abrió, obsequiosamente, su conductor.

Mulliner se despidió de David:

—Celebro mucho haber conocido a un valiente, coronel. El piloto tiene orden de llevarle donde desee. Es usted absolutamente libre de dirigirse donde le plazca.

—Gracias, general —contestó secamente David, metiéndose en el coche y arrellanándose en el asiento posterior.

Con la mano en el tirador de la portezuela, Mulliner, inclinando el cuerpo hacia dentro, hizo la última recomendación:

—Es usted libre, coronel, pero no olvide que ha aceptado íntegramente todas las condiciones impuestas por la Coalición. El menor acto contrario a éstas sólo tiene una pena. No es necesario que le recuerde cuál es ésta.

—Tengo buena memoria y una sola palabra, general —fue la adusta réplica de David, que dio una orden al conductor, ignorando a partir de aquel momento a su interlocutor—. ¡A Nueva York!

Dos semanas más tarde, David se hallaba en el «Hydrogen», frente por frente a su prometida, Annette Silverman.

— ¿Qué te ocurre que estás tan silencioso, David? Desde que se acabó la guerra, apenas si te he oído media docena de palabras.

David desvió su mirada de los claros ojos de Annette, mirando, a través de la ancha vidriera, una pareja de soldados de la Coalición que, alegres, reían las gracias de dos terrestres, muy pintadas. Sus pupilas parecieron destellar de odio al ver el emblema amarillo y negro —cuatro estrellas de otras tantas puntas negras, cortadas por cuatro círculos amarillos—, y ella creyó comprender.

Su delicada mano se posó sobre la nervuda del hombre:

— ¿Te duele, verdad?

—Quizá —contestó él, con un suspiro.

—Bien, Dave, no te desanimes. A fin de cuentas has salido con vida, que es cuanto a ti y a mí nos puede interesar.

—Es cierto, pero… ¿qué va a ser de mí ahora?

— ¿Por qué te preocupas por una cosa que ya está resuelta? Ya sabes que papá te reserva un puesto en su empresa. No es ningún problema para ti el adaptarse a la vida civil. Acéptalo, y en cuanto

estés al corriente, nos casaremos.

Sonrió amargamente David.

— ¿Con quién te vas a casar, Annette? ¿Con un inútil, con un vago, que vive a costa de la fortuna de su mujer, tapado esto con un simulacro de empleo que no entiendo y para el que no sirvo?

—Ya lo sé —dijo ella, seriamente—. A ti te hubiera gustado seguir tu prometedora carrera. Yo hubiera sido un magnífico complemento de ella, ¿no es así?

— ¡Por favor, Annette! Exactamente no…

—No sigas, David. Baja del espacio y pon tus pies en el asfalto de la ciudad. La guerra se ha perdido y sólo hay que afrontar la situación con la sonrisa en los labios.

David iba a contestar que, ganada o perdida la guerra, el padre de Annette había obtenido incalculables beneficios de la conflagración, pero se contuvo. No quiso ofender los sentimientos de su prometida que, por otra parte, lo quería sinceramente y le ofrecía la mejor solución que podía hallar en aquellos momentos tan amargos.

—En fin, Dave. Sólo te falta pronunciar tu decisión —dijo Annette—. Espero que ésta sólo sea una. Ahora no tenemos que esperar a nada ni a nadie.

Agitó él sus manos, desesperado.

—Annette, yo no tengo bienes de fortuna. Todo mi capital era mi grado de coronel. ¿Qué puedo ofrecerte ahora? ¿La unión con un vencido? Tú puedes aspirar a más. Yo no soy más que un harapo, como los hay a millones en el planeta. Como millones y millones de desmovilizados, cuyo problema principal es el de encontrar trabajo.

—Pero tú lo tienes, Dave. Papá te empleará. Estamos de acuerdo él y yo. Es una solución muy decorosa…

El camarero se acercó, interrumpiéndoles. Llevaba algo en la mano. Una bandejita con un sobre blanco:

—Les ruego me perdonen. Me han entregado esta nota para usted, coronel.

— ¿Quién ha sido? —preguntó David, extrañado, tomando la misiva.

—Lo ignoro, señor. No lo conozco. Se limitó a entregármelo, indicándome que, a mi vez, se lo pasara a usted.

—Está bien. Gracias —y rasgó el sobre, sacando una cuartilla

doblada de su interior, leyendo las breves palabras escritas.

«LE VAN A OFRECER UN BUEN EMPLEO, CORONEL, PERO SI EN ALGO ESTIMA SU VIDA, RECHÁCELO.» La firma era harto truculenta: «LOS REBELDES DE LA GALAXIA.»

David no pudo contenerse.

Se echó a reír. Annette, intrigada, le preguntó:

— ¿Qué dice, Dave?

—Toma. Lee y llora —y encendió un cigarrillo, expeliendo el humo tranquilamente. Annette lo miró luego fijamente.

— ¿Qué piensas de esto, Dave?

— ¡Oh! Con toda seguridad, una broma de mal gusto —le quitó la nota y le aplicó una cerilla, dejándola consumirse en el cenicero —: Es tarde ya. ¿Te acompaño?

Una hora más tarde, David, comenzaba a desnudarse en su habitación del «Mars Hotel», un establecimiento de tercera categoría, con ínfulas pretenciosas, cuando unos nudillos golpearon suavemente la puerta.

— ¿Quién es?

— ¿El señor Henríquez? —preguntaron desde fuera—. Deseo verle.

Se vistió de nuevo y abrió. Contempló detenidamente, de arriba abajo, al hombre que estaba ante él.

Mediana estatura, ojos pardos, cabellos ralos, excepto en el mentón donde había conseguido reunir los suficientes para formar una decente barbita de chivo. Vestía un traje corriente, de una sola pieza, gris, de un monoplástico bastante barato. Sonreía suavemente.

— ¿El señor Henríquez? —insistió en la pregunta.

—Sí, yo soy, pero me iba a acostar…

El otro agitó una mano en el aire.

—Solamente serán unos minutos. Vengo a proponerle…

—Un empleo, ¿verdad?

A la memoria de David había acudido bruscamente el recuerdo de aquella nota que recibiera en el «Hydrogen». El otro abrió mucho los ojos, asombrado.

—Sí, pero ¿cómo lo sabe usted, coronel?

—No soy ya coronel —rectificó oportunamente David—. Pero como estoy sin trabajo, y aunque sea un inmodestia por mi parte,

creo ser algo conocido, no es extraño que alguien haya sentido un poco de compasión por un ex héroe desempleado. Elemental, mi querido…

— ¡Ah! ¡Ejem! —carraspeó el otro—. Digamos Fernández, por ejemplo. Un apellido como otro cualquiera, ¿no? ¿Puedo pasar?

—Perdón —David se echó a un lado—. Le ruego se sirva excusarme.

—No tiene importancia —sonrió «Fernández», sacando, tras cerrar cuidadosamente la puerta, algo de su bolsillo, que contempló curiosamente David. Una cajita plana, de unos quince centímetros de longitud, por la mitad de anchura y unos tres de grueso, y en uno de cuyos extremos había una esterilla graduada, con una aguja, que se movió cuando el recién llegado oprimió un botón que había al lado.

— ¿Qué diablos…? —empezó a preguntar David, pero el otro le sonrió de una manera misteriosa, poniéndose el índice en los labios y mirando aquel extraño artefacto, hasta que al fin, pasado un minuto, exclamó:

—Ahora ya podemos hablar.

— ¿Qué es eso? —todavía se hallaba intrigado David.

—Una simple medida de precaución, mi querido coronel. Un aparatito que produce ondas ultrasónicas, transformables en agudos pitidos en los micrófonos que llevan nuestras palabras a unos astutos caballeros con auriculares en los oídos, ansiosos de escuchar nuestra conversación. Esto les causará un grave desespero.

—No lo dudo —sonrió David—. Y, ¿de qué va a tratar esa importantísima conversación?

—Usted lo dijo antes —dijo Fernández—. Un empleo. ¿Puedo sentarme?

— ¡Oh, dispénseme otra vez! Pero aquí no tengo nada que ofrecerle. Pediré abajo unas copas…

—No, por favor. Me conformaré con un cigarrillo.

David le alargó uno, encendiendo otro a su vez. Hecho esto, miró fijamente a su interlocutor, que de nuevo volvió a adoptar su ya sibilina sonrisa.

—Usted está sin trabajo, coronel. Le hace falta un buen empleo.

—Según de qué se trate —respondió cautamente David—. Quizá no sepa usted que tengo uno, muy excelente por cierto, en cartera.

Fernández movió la cabeza de derecha a izquierda.

—No. Usted no aceptará el empleo de yerno del señor Silverman, sin poder llevar al matrimonio con la hermosa Annette más que las manos vacías. Usted tiene, en determinados aspectos, una mentalidad muy siglo XX, y tratará de buscar algo que le rinda lo suficiente para poder decir y decirse, que no va a casarse por el dinero solamente, aunque, en confianza, usted y yo sabemos que no es así, que está enamorado locamente de Annette.

David miró, entre indignado y divertido, a su interlocutor. Dudaba entre seguir hablando o arrojarle a puntapiés, pero la curiosidad pudo más que todo:

—Parece usted muy enterado, no sólo de mi vida, sino de mis pensamientos sobre el asunto, señor Fernández, si es que de veras se llama usted así.

—Eso es lo de menos, pero si hablamos con franqueza, usted no dejará de confesar que cuanto he dicho es la pura verdad.

—Supongamos que así sea —dijo un tanto impaciente David—. ¿Dónde vamos a parar con esta conversación?

—Ahora lo sabrá usted, señor Henríquez. Al empleo que vengo a ofrecerle.

—Es verdad —sonrió David—. Me olvidaba de que soy un sin trabajo. ¿De qué se trata?

—Coronel —empezó a decir Fernández—, aunque es la primera vez que se encuentra en tal situación, sus conocimientos de historia le hacen saber qué es lo que sigue inmediatamente al final de toda guerra, ¿no?

—La postguerra, creo yo —dijo, zumbón, David.

—Exacto, coronel. La postguerra, con toda su secuela de crímenes, abusos, robos, latrocinios, hombres que no se acomodan a un trabajo digno y honrado —y hay que reconocer que abunda esta especie ahora en la Tierra—, en fin, una gama de criminales, la mayoría de ellos en potencia, pero a los que cuesta muy poco, prácticamente nada, rebasar la divisoria que separa lo legal de lo prohibido, ¿me comprende?

—Hasta cierto punto, sí —murmuró David, con cierta indiferencia, encendiendo un nuevo cigarrillo—. Prosiga.

—Necesitamos hombres como usted. Hombres decididos, enérgicos, audaces, valientes, que sepan imponer el orden y la ley,

ya bastante perturbados. Hombres cuyo solo nombre, como el suyo, sea de por sí una garantía de prestigio para la labor que vamos a emprender.

— ¿Para eso me buscan a mí? —dijo David—. ¿Y su acreditada Policía Coaligada de Ocupación?

—No me ha entendido usted, señor Henríquez. La fuerza que usted acaba de nombrar es odiada. Nosotros queremos que sean ustedes, los mismos terrestres, los que pongan el orden en su planeta. Que sean hombres nacidos en la Tierra los que formen parte de la Policía que impondrá el orden y la Ley, en el momento en que éstos, y no tardará mucho en llegar dicho momento, se vean conculcados, no a diario, sino a cada hora, a cada minuto —explicó pacientemente Fernández.

—Me alarma usted. Pero hasta ahora no ha ocurrido nada digno de tomar tan draconianas decisiones.

—Le he dicho antes que no tardará en llegar el momento del desorden. Todavía no se ha concluido la desmovilización, y los soldados andan despistados, sin saber qué hacer. Pero muchos de ellos no se acomodarán a vivir trabajando. Hay otras maneras más fáciles de hacer dinero, y eso es precisamente lo que nosotros queremos evitar.

— ¿Nosotros?

—Sí. La Coalición Intergaláctica. ¿Es que se cree usted que con haber ganado la guerra tenemos suficiente? No. Nada de eso —el acento de Fernández estaba lleno de decidida firmeza—. Queremos que la Tierra sea un planeta más de la Coalición, pero un planeta pacífico, constructivo, progresivo, que procure vivir y trabajar en paz, en lugar de estar organizando una guerra cada veinte años, destruyendo en uno lo que tanto ha costado construir, fabricar, idear. Que esas ideas bélicas que anidan en todos los corazones de los hombres de la Tierra sean desarraigadas de una vez. Que sepan que el mejor medio de vivir es laborando por la paz, en lugar de idear nuevas armas y nuevos pretextos para usarlas contra sus propios semejantes.

David ahogó un bostezo:

—Todo eso me parece magnífico, pero creo que, en lo que a mí respecta, ustedes se han equivocado, señor Fernández.

—Todavía no he terminado. Esos miles, quizá cientos de miles,

de desmovilizados y desertores, son una amenaza de potencia que podría volverse contra ustedes mismos, a tener que imponer nosotros el orden de una manera dura e implacable.

—Bien, ¿y a mí qué me importa todo lo que me acaba de decir? —exclamó desdeñosamente David—. Yo soy un hombre amante de la legalidad y procuraré no desviarme un milímetro de la línea recta.

—Me defrauda usted —en su expresión Fernández sentía lo que estaba diciendo—. Creía que usted era un hombre que amaba a su planeta.

—Si cree que tocando la cuerda del terraquismo me va a convencer, está apañado. Le agradezco mucho sus buenas intenciones, y puede decírselo así a sus superiores, pero mi respuesta es, rotundamente: ¡NO!

Fernández ya no insistió más. Se fue hacia la mesita en donde había dejado el interferidor de ondas, desconectándolo y, ya en la puerta, se inclinó:

—Ha sido para mí un placer conocerle, coronel, aunque no pueda decir lo mismo de la conversación. ¡Buenas noches!

—Buenas noches —y apenas hubo desaparecido el hombre, David se encogió de hombros, encendiendo un tercer cigarrillo, furioso, disgustado consigo mismo, sin tener noticia de lo que ocurría a cincuenta metros más abajo, en la acera de enfrente.

Un anticuado coche de combustión interna se hallaba parado frente al hotel. Dos hombres se encontraban en el asiento delantero, ligeramente estremecido por el suave runruneo del motor en marcha, en tanto que un tercero, detrás, tenía preparado un atomizador «Bargan».

— ¿No nos localizan los detectores? —preguntó éste, con voz en la que temblaba el acento.

— ¡Cállate, idiota! —le contestó el que iba al volante—. ¿Qué importa si localizan un disparo? ¿Crees que nos encontrarán a nosotros después de que hayas hecho desaparecer a ese agente coaligado?

El tercer personaje, que hasta entonces había permanecido silencioso, dio con el codo al conductor:

—Así está ya.

— ¡Vamos, Inge! ¿A qué esperas?

El hombre que tenía el «Bargan» en las manos, se lo echó a la cara. En su visor, de rayos infrarrojos, se reflejó claramente el torso del hombre que, encendiendo un cigarrillo, aspirando el humo con deleite, echó a andar, en el mismo momento que apretaba el disparador.

Un suave zumbido dejóse oír. No se vio nada, ni siquiera un chispazo, pero del lugar en que estaba Fernández se elevó una columna de humo, desapareciendo en ella en contados segundos. Apenas quedó en el suelo un montoncito de ceniza, que la fresca brisa de la noche se encargó de disipar muy pronto.

— ¡Aprisa! ¡Ya está! —y el conductor embragó, en el mismo momento en que el agudísimo aullido de una sirena hendía la oscuridad.

— ¡Corre! ¡Por todos los Santos del Cielo! —pero el automóvil era lentísimo en comparación con la nave patrullera de las fuerzas de Policía de la Coalición, que picó sobre el coche, cuyo conductor, viendo el inminente peligro claramente reflejado en el telerretrovisor, zigzagueaba desesperadamente tratando de huir de la destrucción que se les acercaba a enorme velocidad.

Puntiaguda, negra, apenas con cuatro aletas en la parte posterior, la patrullera coaligada, despidiendo anaranjadas llamaradas por las dos toberas posteriores, descendió como un rayo sobre el coche, soltándole una primera descarga con sus «Bargan» de mediano calibre, descarga que falló por unos metros, abriendo dos amplios embudos delante del coche que subió a la acera, tratándolos de evitar, y maniobrando luego el conductor para volver al centro de la calzada, sin conseguirlo, porque la segunda descarga, centrado ya el tiro, dio en medio del automóvil, convirtiéndolo en una bola de humo y llamas que ardió durante unos segundos antes de desintegrarse totalmente, sin que sus ocupantes tuvieran tiempo de lanzar siquiera un grito de agonía.

Y mientras esto ocurría, David, indiferente a los ruidos de la calle, sin hacer el menor caso de los sonidos de las sirenas, se disponía por segunda vez a desnudarse, para lo cual dio un tirón a la cremallera del traje de una sola pieza, ignorante de que aquella noche le reservaba más de una sorpresa todavía.

CAPITULO III

Por segunda vez, también en la misma noche, unos nudillos golpearon la puerta de la habitación, lo que hizo que David soltara una enérgica interjección.

Se dirigió hacia la puerta, pero no hizo falta que la abriera. Algo blanco se deslizó por ella y, maquinalmente, David se inclinó a recoger el sobre, asomándose acto seguido al corredor, sin ver nada en absoluto. Únicamente le pareció escuchar ruido de unos pasos que descendían raudamente la escalera, pero se dio cuenta de que ya no llegaría a alcanzar al desconocido mensajero. Y, sintiéndose curioso, abrió el sobre, extrayendo de su interior lo que había escrito:

« ¡BRAVO, CORONEL! SE HA PORTADO USTED COMO ESPERÁBAMOS. EL INTERCEPTOR DE ONDAS PODRÁ SER UN INVENTO MUY EFICAZ PARA INUTILIZAR LOS MICRÓFONOS, PERO NO SIRVE CONTRA LA AUDICIÓN DIRECTA. USTED SERÁ UN HOMBRE MUY ÚTIL EN LA ORGANIZACIÓN NUESTRA. PRONTO NOS PONDREMOS EN CONTACTO DIRECTO CON USTED.»

Y la misma firma que la vez anterior:

«LOS REBELDES DE LA GALAXIA.»

— ¡Se están haciendo monótonos estos rebeldes! —masculló David, arrojando el papel en un rincón, hecho una bola, que rodó debajo de la cama.

Acabó de quitarse el traje, poniéndose un pijama y levantó el embozo de las sábanas, pero cuando ya estaba sentado en ella, descalzándose las zapatillas, la puerta de la habitación se abrió bruscamente, cerrándose a continuación.

David abrió la boca atónito. Tan asombrado estaba que se olvidó cubrirse con el batín que se hallaba a los pies de la cama. Y en verdad que había motivos para sentirse estupefacto.

Una mujer, de negrísimos cabellos, azules de tan oscuros, ojos como dos carbones encendidos, roja boca, tipo esbeltísimo, de estatura ligeramente superior a la normal, se quedó mirándolo, con las manos a la espalda, como si quisiera sujetar la puerta. Los rojos zapatos de alto tacón ponían una nota de evidente anacronismo en su vestimenta de una sola pieza, de un violeta claro.

Pero no fue la mujer solamente la que dejó enteramente asombrado a David, sino el plateado y diminuto revólver que empuñaba ésta con toda seguridad en su mano derecha. En la otra llevaba un pequeño maletín.

— ¡Métase en el baño! —ordenó ella perentoriamente—. ¡Rápido! Y no salga de allí hasta que se lo diga.

—Pero…

— ¡Obedezca o lo agujereo! —a pesar de su imperiosidad, su acento tenía cálidas resonancias.

David hizo un gesto de resignación con ambas manos, poniéndose el batín y desapareciendo en el lugar indicado.

—Y ahora, ¿qué hago? —preguntó una vez estuvo fuera de la vista de la desconocida.

—Espere hasta que se lo diga. Y no haga ningún movimiento sospechoso.

Apenas tuvo tiempo de pensar en lo raro de aquella aventura David, porque la voz de la mujer se dejó oír nuevamente, y dio un respingo al entrar en la habitación.

Se había metido en la cama, desordenándose el cabello, y arrojando aquí y allá sus íntimas prendas de ropa.

— ¿Qué diablos es esto? ¿Qué es lo que pretende usted hacer, señorita? Si busca alguna aventura…

De debajo del embozo asomó nuevamente aquel revólver.

—Me llamo Harriet Sullivan y soy su esposa. Nos hemos casado esta tarde. No lo olvide o le costará un hermoso agujero en el pellejo.

David abrió muchísimo la boca. No quería creer las palabras que acababan de ser pronunciadas, pero por enésima vez en aquella noche tan agitada, volvieron a llamar a la puerta.

— ¡Sí que está concurrida esta habitación esta noche! Y pensar que yo me había hecho ilusiones de dormir doce horas… ¡Adelante, quienquiera que sea! —gritó, con evidente mal humor.

Tres hombres armados penetraron en el cuarto, deteniéndose al ver el extraño cuadro. David pudo ver que iban armados con sendos «Bargan» de tamaño reducido, pero no por eso de menores efectos y apreció que su jefe llevaba los emblemas de capitán de la Policía Coaligada de Ocupación, y éste saludó respetuosamente, confundido al ver que había irrumpido en lo que él creía la habitación de un matrimonio.

—Le ruego mil perdones, coronel. Pero andamos rascando un peligroso espía.

— ¿Espías? —David arqueó una ceja.

—Bueno. No es exactamente un espía, sino un rebelde. Un terrestre que no quiere acatar las leyes dictadas por la Coalición.

— ¡David! ¿Cómo toleras que estos hombres irrumpan aquí en nuestra noche de bodas?

— ¡Ah! Sí. Me olvidaba de ello. Mi esposa, Harriet. Nos casamos hoy. Por sorpresa —carraspeó David.

— ¡Oh! Le ruego mil perdones, coronel. Comprenda que nuestro deber nos obliga… —pero de repente lo miró suspicazmente—. ¡Oiga! ¿No estaba usted prometido con la señorita Silverman?

—Sabe usted mucho de mi vida privada, capitán…

—Corrigan, Pete Corrigan, señor. Es mi profesión.

— ¿También forma parte de sus obligaciones molestar a los recién casados en sus propias habitaciones? —inquirió David muy en su papel, lleno de altivez el tono.

—Lo siento, señor —pero era evidente que Corrigan no se tragaba la fábula. Arrojó una malévola mirada a la muchacha, que, pudorosamente, se había cubierto hasta la garganta con las sábanas, y se llevó la mano a la frente, sonriendo a continuación maliciosamente—: comprendo que haya cometido una locura, coronel. Me gusta más que Annette Silverman.

— ¡Capitán Corrigan…! —gritó, excitándose David, pero ya la puerta se había cerrado, en vista de lo cual y de que no podía desahogar su ira en los policías, se volvió, plantándose en jarras delante de la muchacha.

—Y bien, ya que ha conseguido usted lo que quera, ¿cuándo se

larga de aquí?

— ¡Querido! ¡Qué corazón más duro tienes! ¿Serías capaz de arrojar a tu mujercita al arroyo, el mismo día de tu boda? ¿Qué diría la gente de ti?

— ¡Usted no es mi esposa, ni la conozco para nada! ¡Lo único que quiero es que se largue de aquí cuanto antes! —chilló, perdiendo el dominio de sí mismo, David. Y, dando un paso hacia adelante, echó mano a las sábanas con ánimo de quitarlas de allí, pero antes de que se diera cuenta se encontró con el negro ojo del revólver de Harriet, que lo miraba fijamente.

—No, coronel, no —dijo ella con suavidad—. Por esta noche seguiremos adelante con la comedia. Sea galante y llévese esa butaca al baño, cuya llave me quedaré yo previsoramente.

— ¡Lárguese de aquí! ¡No quiero nada con espías ni rebeldes!

—Coronel, me extraña usted —sonrió ella, sin dejar de apuntarle con el revólver, incorporándose un tanto y dejando al descubierto un ebúrneo hombro—. Creí que su terraquismo no podía ponerse en duda.

—Déjese de zarandajas. Soy un civil y no quiero meterme en ningún lío. Váyase y déjeme dormir.

—Me iré, pero no esta noche. Sería peligroso para mí. Ande, tome la butaca —sonrió ella, en la misma posición, guardando el revólver, pero de una forma tal que David comprendió que podría hacer fuego en cualquier momento.

—Llamaré al gerente…

— ¿Quiere usted dar escándalo, coronel? Ande, vaya. Por mí no lo haga. Pero ¿qué dirá mañana la encantadora Annette Silverman cuando los periódicos televisados matutinos empiecen a escandalizar con sus titulares? ¿Se imagina usted qué es lo que dirían éstos?

David pateó furioso el suelo:

—Estoy harto de ver películas y obras de teatro y de leer novelas en las que dos seres humanos absolutamente desconocidos el uno para el otro se encuentran en una misma habitación, y el hombre tiene que irse con la música a otra parte, contra su voluntad. Pero, francamente, nunca creí que pudiera ocurrirme a mí.

La sonrisa de Harriet era realmente encantadora:

—Así no podrá usted quejarse de desconocer una experiencia de

tal índole. ¡Por favor…! —se puso una mano, de rojas uñas, en la boca, con lo que David, todavía furioso e irritado, cogiendo las cerillas y el paquete de cigarrillos, desapareció del dormitorio, cerrando con un portazo que conmovió las paredes del cuarto de baño y disponiéndose a pasar lo mejor posible la noche, arrellanado en el butacón.

Se levantó por la mañana, con la espalda dolorida y, apenas sus pensamientos adquirieron la lucidez necesaria, cuando se dio cuenta de que no estaba en su cama. Y entonces, súbitamente, recordó lo que le pasara la noche anterior.

Llamó a la puerta varias veces, sin obtener respuesta y al fin, decidiéndose, pasó al dormitorio, quedándose de una pieza al ver la cama desordenada, pero sin rastro de su hermosa ocupante.

¡Harriet Sullivan había desaparecido!

Pero encima de una silla había dejado una nota, que David leyó inmediatamente:

«Gracias por su amable hospitalidad, coronel. Le queda muy reconocida su amante esposa.»

— ¡Bah! —refunfuñó de mala gana, arrojando la nota a un lado y pulsando el contacto del intercomunicador. Cuando el rostro del gerente apareció en la diminuta pantalla ordenó secamente:

—El desayuno, por favor.

Se metió en la ducha, gozando del placer del agua fría y del afeitado posterior. Una fricción con alcohol acabó por dejarle como nuevo y se dispuso a atacar el desayuno, pues sentía verdadero apetito. Mas, por segunda vez aquella mañana, al penetrar en la estancia contigua, volvió a llevarse un chasco.

Sentado tranquilamente en una silla, un hombre de mediana estatura, rebasada la cuarentena, ojos tranquilos pero sagaces y una característica nariz aquilina campeando sobre el rostro de líneas duras, le sonreía amigablemente.

— ¡Vaya! —exclamó David—. Por lo visto mi dormitorio parece el punto de reunión de todos los que se sienten aburridos en la Tierra.

Se sentó junto a la mesita en que estaban los alimentos, atacándolos con decisión, sin decir nada más. El desconocido lo contempló en silencio, arrancando azules espirales de humo del largo cigarrillo que sostenía entre los dedos, permaneciendo en la

misma posición durante todo el tiempo que duró el desayuno de David, que se mostró absolutamente indiferente con su nuevo e incógnito huésped.

Con el último sorbo de café encendió un pitillo y, echándose hacia atrás dijo:

—Mi nombre es David Henríquez. ¿Y el suyo? ¿Puedo saber a qué debo el honor de tan intempestiva visita?

Sin moverse de la silla, el otro hizo una leve inclinación de cabeza:

—Alfred Arnoulh, y deseo ofrecerle un empleo.

— ¿Un…? ¡Caramba! A lo que parece, todo el mundo se está sintiendo generoso conmigo. Usted hace ya el número tres de los que quieren evitarme la muerte de inanición. Pero por ahora no lo necesito, gracias. La Coalición se ha mostrado muy generosa con los desmovilizados y ha pagado puntualmente todos los atrasos, así como una buena prima de licenciamiento. En el peor de los casos, tengo para tres meses. Cuando se pasen éstos decidiré. De modo que… —hizo un gesto muy gráfico, indicándole al otro lado de la puerta.

Arnoulh levantó suavemente la mano derecha:

—Perdón, señor Henríquez, estoy seguro de que usted aceptará el empleo que yo le ofrezco. Usted mismo fijará sus propios emolumentos y puede tener la seguridad de que no le serán regateados.

En los ojos de David apareció una chispa irónica al contestar:

— ¿Aunque sean… cinco millones de garants? —y ante la proposición, el otro respingó ligeramente para rehacerse al instante.

—Sería un duro esfuerzo para nosotros, pero no cabe duda de que hallaríamos esa cantidad que usted pide, coronel.

—La empresa los merece, según se ve.

—Rendirá mucho más de esos cinco millones, desde luego.

— ¡Bonito negocio, a fe! Pero no me interesa.

La respuesta de Arnoulh fue un tanto despectiva:

—Veo que su terraquismo deja un tanto que desear, coronel.

— ¿Qué tiene que ver mi terraquismo con sus… negocios, señor Arnoulh? —saltó, picado, David.

—Mi, digamos, negocio, es perfectamente legal y pretendemos devolver a la Tierra su primitiva supremacía comercial. Solamente

tratamos de que usted acceda a pilotar una astronave nuestra.

—Sigue usted sin aclararme qué tienen que ver mis sentimientos terraquistas con su empresa, señor Arnoulh.

—No lo sabrá en tanto no pueda contar, no solamente con su aprobación, coronel.

—Deje de llamarme coronel. Ya no lo soy.

— ¿No le gustaría volver a serlo un día? ¿O preferiría llevar en sus hombreras una estrella de siete puntas con un diminuto globo terráqueo en el centro? Es el emblema de general, ¿lo recuerda? —el ataque de Arnoulh fue en esta ocasión más directo y David acusó la estocada.

Parpadeó, asombrado, ante lo que su interlocutor se echó a reír:

—Parece que no le desagrada la idea, ¿verdad, general Henríquez? ¿Qué tal suena así?

—Me parece que empiezo a comprenderle, señor Arnoulh —dijo fríamente David, levantándose y yéndose hacia la puerta, cuyo pomo tomó en actitud harto elocuente.

— ¡Largo! ¡Largo de aquí! —rugió—. ¡Váyase antes de que le eche a puntapiés!

Pero Alfred Arnoulh no se movió. Con ademán displicente encendió un nuevo cigarrillo con el resto del anterior, y luego preguntó:

— ¿No le interesa a usted el porvenir de nuestro planeta, señor Henríquez?

—Dejó de preocuparme el día en que me convertí en un paisano.

—Por lo que veo, a usted le importa muy poco que las fuerzas de la Coalición, unos extranjeros, sean quienes nos gobiernen ahora, ¿verdad?

Se le quedó mirando esperando su reacción.

—Señor Arnoulh —repuso David calmosamente—, si lo miramos desde cierto punto de vista, no son extranjeros esos soldados de las cuatro estrellas y los cuatro círculos. Tome cualquier nómina y verá cómo abundan en ella los Pérez, Smith, Dupont, Ivanovich, Muller, Martino y demás apellidos que puede usted ver en cualquier otra lista de nombres terrestres. Todos ellos son descendientes de los colonizadores de los planetas.

—Que ahora se han sublevado contra sus naturales dueños y señores —murmuró Arnoulh.

—No me haga reír. Esas ideas son completamente medievales. Ellos buscan únicamente pacificarnos y nada más.

Arnoulh frunció el ceño. Le desagradaban las palabras de David:

—Si no le conociera, coronel, si no supiera de su heroísmo, diría que usted también está de parte de ellos.

—Y si no considerase que usted, aunque a la fuerza, es mi huésped, le hubiera hecho tragarse esas palabras. Mi puño derecho le hubiera salido por la nuca —exclamó, irritado, David.

—Está bien. Dejemos esto. Usted entrará a nuestro servicio. No le podemos pagar, al menos por ahora, los cinco millones de garants que pide, pero puedo asegurarle, en nombre de quien me envía, que tampoco quedará usted descontento de su ganancia.

David miró de soslayo a su interlocutor:

—Parece usted muy seguro de sus palabras, Arnoulh —y de nuevo abrió la puerta—. Creo haberle dicho antes que se marchase. No me obligue a emplear la fuerza.

Esta vez el visitante arrojó, no sin cierta melancolía, su cigarrillo a medio consumir. Luego metió su mano en el bolsillo y, levantándose, entregó una cartulina rectangular a David que éste miró, primero curiosamente, y luego con enorme asombro.

David apretó los labios que se transformaron en una incolora y delgada línea:

— ¡«Chantaje»! ¿Eh?

—Una palabra muy fea, coronel. Digamos convencimiento. Más suave, menos incorrecta. Puede quedársela. Sin ningún inconveniente. Tenemos muchos más ejemplares —sonrió satisfecho Arnoulh.

Entonces David hizo algo extraño. Dejó la cartulina encima de la mesita del desayuno y avanzó al encuentro de su interlocutor, disparando su puño derecho, pero llevándose una sorpresa más en aquella mañana llena de ellas.

De repente desapareció de su vista el cuerpo de Arnoulh. En un movimiento fulminante saltó a un lado, atenazando la muñeca de David que, antes de que pudiera darse cuenta de lo que le ocurría, se encontró en el suelo, con una estólida expresión en su rostro, sin acabar de comprender cómo había llegado a aquella situación, en tanto que un lacerante dolor le corría desde la mano al hombro. Arnoulh se inclinó sobre él.

—Le esperamos esta noche, apenas haya oscurecido —le arrojó una tarjeta de visita sobre las piernas. Su tono era duro, careciendo ya de la amabilidad anterior—. No le hago ninguna otra indicación, pero espero comprenda la necesidad y la conveniencia de tener la boca cerrada.

—Conque al oscurecer, ¿eh? ¿Imitando a los murciélagos?

—Es lo mejor para nosotros. Por ahora. Pero algún día saldremos a la luz del sol.

—Sí. Al amanecer. Delante de media docena de «Bargan» y con la espalda pegada a un muro —contestó áridamente David.

—Todo pudiera ser, pero lo dudo mucho, coronel. Para nosotros, y aunque veo su evidente desgana en cooperar con quienes deseamos de nuevo la independencia de nuestro planeta y su desligamiento de la Coalición, usted sigue ostentando el grado que tan a pulso se ganó. ¡No se olvide! Al oscurecer. ¡Buenos días! —y Arnoulh dejó tras sí, al cerrar la puerta a un David Henríquez abatido, furioso, dolorido y humillado que se levantó, cogiendo de nuevo la cartulina, que no era ni más ni menos que una comprometedora fotografía de la escena que la noche anterior tuviera lugar en la misma habitación en que se encontraba.

Tal como había sido impresionada, mirando él a Harriet, que asomaba un desnudo hombro por fuera de las sábanas, cualquiera hubiera dicho que se trataba de una escena de tierno cariño entre dos enamorados esposos, y David se devanó los sesos inútilmente pensando en la forma en que había sido tomada la fotografía.

Pero sí había una cosa cierta. Si se negaba, sería publicada con el escándalo subsiguiente, y esto si los policías que estuvieran en la habitación no eran cautos y se les ocurría hablar más de la cuenta.

Y David, con la cabeza entre las manos, se sentó, abatido, gimiente, en la cama, tratando de hallar una solución para aquel embrollo en que se había visto metido involuntariamente, sin hallarla por más vueltas que le dio a la cabeza.

CAPÍTULO IV

Elijah Klestein se pasó la lengua por los labios resecos, en aprensivo e inconsciente movimiento. Arrojó una furtiva mirada en derredor y solamente vio las macilentas luces de aquella estrecha callejuela de los suburbios de Nueva York, ciudad que, como la mayoría de las terrestres había salido completamente indemne de las batallas sostenidas casi todas en el espacio, donde se había decidido la suerte del planeta. Soltó una apagada risa, mofándose de sus temores. Aquellos dos individuos eran sin duda dos casuales transeúntes que, durante unos momentos, habían seguido su misma dirección.

De todas formas, Elijah no las tenía todas consigo. Una conciencia sucia es el peor de todos los consejeros, y a la de Elijah le hacía falta un buen deshollinador, profesión que ahora ya no existía. Pero calmó los insultos que su otro yo le dirigía, palpando el fajo de crujientes billetes de a quinientos garants cada uno, premio a su labor, a la cual esperaba dar cumplido remate aquella noche.

Su menudo y encanijado cuerpo se movió ágil y silenciosamente en la noche, sin importarle poco ni mucho la suave llovizna que charolaba el asfalto. Con rápidos pasos dobló la primera esquina, rebasando media docena de portales y de repente, algo le hizo lanzar un ahogado grito de pavor.

Una sombra le había salido al paso.

— ¿Una cerilla, caballero, por favor?

—Sssí… Perdone… Está la noche… tan… tan oscura…

—Pronto saldrá un día brillante…

—…y el sol lucirá para todos los planetas…

—…sin excepción alguna —e identificado ya, el desconocido no

se anduvo con rodeos—: ¿Qué noticias hay, señor Klestein?

La vacilante llamita iluminó durante un segundo ambas facciones, enérgica y decidida la del interlocutor de Elijah, temerosa y sibilina la de éste, que protestó:

— ¡Chittss…! ¡Por favor, podrían oírnos!

—Estamos solos. No se preocupe —repuso el otro, con impaciencia—. ¡Vamos, desembuche lo que sepa!

—Esta noche. Ya estarán todos reunidos. En… —y, alzándose de puntillas, cuchicheó una dirección a su oído, concluyendo—: Ya está todo. Adiós.

Esta despedida fue apresurada. Esta vez la intranquila conciencia de Elijah no le había engañado y, aunque amortiguados, sonaban pasos en la calle que acababa de abandonar. Echando casi a correr se perdió en la noche en tanto que el otro, sonriendo despreciativamente, se encogió de hombros, aspirando la lumbre del cigarrillo que había encendido con la ayuda del confidente. Comenzó a andar con parsimoniosa tranquilidad en opuesta dirección, para detenerse apenas había dado una docena de pasos.

Pero sonrió para sí, considerando infundados sus temores y retirando la mano de la «Bargan» de pequeño calibre que llevaba en un bolsillo. Aquellos dos hombres no eran más que unos pacíficos transeúntes que…

Sus cogitaciones viéronse interrumpidas repentinamente. Uno de los dos hombres, rebasándole, se volvió inesperadamente, tomándole por ambos brazos por sorpresa y sujetándole en una férrea presa que el otro no pudo deshacer a pesar de sus denodados esfuerzos.

El segundo «pacífico» transeúnte movió rapidísimamente su mano derecha en la que centelleó siniestramente algo, cuyo relumbrar se apagó al instante cuando desapareció en el vientre del aprehendido que lanzó un apagado gemido de dolor al sentir la lancinante quemadura que le produjo la penetración en su abdomen del afiladísimo puñal que, firmemente empuñado, continuó su mortífero «viaje» hacia arriba, diestramente manejado por el asesino, cuyos dientes blanquearon en la noche en macabra sonrisa de satisfacción.

— ¡Ya está listo, Mac!

El otro abrió los brazos y el que había hablado con Klestein

también, pero para contener una caída que ningún poder humano podía ya detener. Su cuerpo, formando una mojada aspa, quedó tendido sobre el asfalto brillante, en el que la lluvia fue lavando lentamente la sangre que en enorme arroyo le salía del vientre rasgado.

Los dos asesinos se marcharon, murmurando entre sí palabras de aprobación. Pero más les hubiera valido asegurarse de la muerte real del otro que, velados sus ojos por la roja niebla de la agonía, todavía tuvo fuerzas para en un último movimiento sacar una cajita plana del bolsillo de pecho, junto a la cual, tras haber oprimido, no sin más de un titubeo, un botón, murmuró unas entrecortadas palabras.

Hecho esto, como si con las frases pronunciadas diera por cumplida su misión, apoyó la mejilla en el pavimento. Pero ya no sintió el frescor de la humedad. No podía sentirlo porque estaba muerto y sus manos, en el principio del rigor mortis, fuéronse engarfiando lentamente, en un definitivo movimiento del cual estaba ausente por completo la voluntad del muerto.

También caminaba por aquellas calles, pero sin mojarse, David Henríquez. El techo del reactaxi le preservó de mojarse durante el rato que duró el viaje desde casa de Annette hasta la dirección que le diera Arnoulh y, tras arrojar un billete, en el asiento delantero, cruzó la acera rápidamente.

Parpadeó asombrado cuando fue introducido en el piso. Una brillante iluminación, risas, música suave, eran cosas que formaban un conjunto totalmente distinto al que esperaba hallarse. Arnoulh salió a su encuentro, sonriéndole:

— ¿Cómo está coronel? —fingió no enterarse del gesto negativo de David, que no quiso estrecharle la mano—. ¿Asombrado?

—A decir verdad, sí.

— ¿Qué esperaba? ¿Un antro clásico, lleno de conspiradores, todos con antifaces, hablando con huecas voces? Demasiado melodramático, mi querido amigo, si puedo darle ese título. No. Nada de tragicomedias —la charla de Arnoulh era deliberadamente voluble— Todos somos seguros, de absoluta confianza. Hombres, mujeres, todos deseamos la independencia de nuestro planeta. Ser de nuevo los amos de la Galaxia. Pero veo que le aburro con disquisiciones terraquistas. Venga por aquí. Le presentaré algunas

personas que se alegrarán de conocerle.

No pudo evitar un estremecimiento cuando Arnoulh, confianzudo, se apoderó de su brazo, llevándole al centro de la estancia, en la cual había numerosos concurrentes de ambos sexos, charlando animadamente. Antes de que pudiera oponerse, alguien, saludándole y pronunciando unas corteses palabras acerca de su heroísmo, le dejó una copa en la mano.

Acompañado de Arnoulh fue conociendo una serie de personas, cuyos nombres en más de un caso, no era la primera vez que oía. Saludó indiferentemente, mas de súbito se quedó como clavado en el suelo.

Hacia él venía una persona, caminando como si lo hiciera sobre nubes en un ricamente alfombrado suelo. El rojo vestido, de una anticuada moda de mediados del siglo XX, le sentaba a las mil maravillas a Harriet Sullivan, cuyos hombros permanecían totalmente al descubierto, viéndosele por debajo, a continuación de la amplísima falda, llena de tules del mismo color, el principio de unas bien torneadas piernas.

David no pudo menos que admirarla.

Alargó su mano encantadoramente:

—Buenas noches, coronel. ¿Me perdona la trastada de la noche pasada? —sus labios tenían el tono exacto de la llama viva del vestido y sonreían agradablemente, dejando ver una hilera perfecta de blanquísimos dientes.

Se inclinó él, ocultando galantemente su enfado:

—A una mujer hermosa se le perdona todo. Cuanto más a la propia «esposa» —y recalcó la palabra, a lo que contestó ella con una argentina carcajada.

— ¿Se le ha pasado el enfado, David? Creo que puedo llamarle así, ¿no?

—Hasta a silbidos, señorita Sullivan.

—Apee el tratamiento. Diga sencillamente Harriet. Mis amigos así lo hacen.

—Eso quiere decir que usted me considera entre el número de ellos que, a juzgar por lo que he podido apreciar, son muy numerosos.

Harriet echó una indiferente mirada en torno suyo, sonriendo al ver a una persona, a la cual llamó con un gesto, al mismo tiempo

que decía:

—Todos los que odian a los ocupantes lo son.

— ¿Está usted segura de que mis sentimientos hacia las fuerzas de la Coalición son los mismos que los suyos, Harriet? —preguntó astutamente David.

Ella lo miró a través de sus larguísimas pestañas:

—La duda ofende, David. No usted; su hoja de servicios es lo suficientemente elocuente. ¡Ah! Ya viene aquí alguien a quien le quería presentar.

David abrió la boca completamente estupefacto, en tanto que el nuevo personaje sonreía complacido. Al fin el primero pudo exclamar:

— ¡Capitán Corrigan!

—Capitán, sí; pero no Corrigan, de la Policía Coaligada. Capitán Granada, de las Fuerzas Siderotransportadas del Planeta, a sus órdenes, coronel —contestó el otro.

Éste miró acusadoramente a Harriet, que continuaba sonriendo impertérrita:

—Ahora lo comprendo todo. Es usted una mujer, Harriet, y ello me priva de decirle todo cuánto deseara. ¡Buenas noches! —y dio media vuelta, mas sintió la presión de la mano de la mujer que lo detenía.

—Escúcheme, coronel. Compréndalo. Tuvimos que recurrir a esa fea argucia, porque le necesitábamos. ¿Cree que a mí misma no me dolió representar el papel? —el tono de Harriet era compungido, pero el de la respuesta de David fue deliberadamente insultante.

— ¿Lo representaba… o era auténtico?

Las mejillas de la muchacha adquirieron el mismo tono de su vestido. Dio un paso atrás, como si la hubieran golpeado, pero fue el capitán Granada el que salió en su defensa.

—Coronel, espero dé una satisfacción de sus insultantes palabras a la señorita Sullivan. De lo contrario, tendría mucho placer en abofetearle yo mismo.

David iba a replicar, pero en aquel momento dos hombres hicieron, sin avisar, brusca irrupción en la estancia. Mojados, calados casi hasta los huesos, se plantaron en el centro, mirando por todas partes, hasta que al fin, apartando abruptamente a los que se oponían a su paso, se dirigieron hacia un diván en el que,

tratándose en vano de ocultar, se hallaba un hombrecillo tembloroso que, apenas vio a la pareja que se dirigía hacia él en amenazadora actitud, comenzó a chillar como conejo apresado:

— ¡Yo no he sido! ¡Ustedes se equivocan…! ¡Soy un fiel defensor de la…!

Una mano se estrelló contra sus labios y David se admiró de que pudiera salir tanta sangre de ellos. El segundo de los recién llegados arrojó a Elijah Klestein al suelo, de un fuerte empujón, en el centro de un círculo que comenzó a formarse inmediatamente y del que, sin darse cuenta, formaron parte David y Harriet.

— ¡Ahí tienen ustedes al traidor! ¡Al hombre que pretendió vendernos! —exclamó el que lo había empujado.

— ¿Qué es lo que está diciendo, Zinnemann? —Arnoulh se había abierto paso a viva fuerza e irrumpido junto a ellos.

—Klestein nos ha vendido —sonrió brutalmente Zinnemann—, o al menos eso era lo que pretendía —y a continuación explicó todo lo ocurrido, ante las reprobadoras miradas de los concurrentes que comenzaron a murmurar cosas nada agradables para Klestein, que continuaba en el suelo gimiendo monótonamente.

— ¿Tienen ustedes pruebas, Zinnemann, Barini? —preguntó adustamente Arnoulh.

Los dos hombres se miraron y el segundo de ellos, Barini, se inclinó, sacando algo de un bolsillo del caído, que enseñó a continuación triunfalmente, para que lo vieran todos:

— ¿Qué más pruebas de su traición que este fajo de garants recién salidos de la Tesorería? El empleo de Klestein no da para llevar, como si fueran sellos de correos, veinticinco mil garants en el bolsillo. Pero afortunadamente no han servido para nada.

—Elijah Klestein —dijo con severidad Arnoulh—. ¿Se da cuenta de la gravedad de las acusaciones que pesan sobre usted? ¿Se da cuenta de que ha cometido un acto cuya sanción es única e inapelable?

El gimiente levantó su cara del suelo, encontrándose únicamente con varios millares —así le parecieron a él, al menos— de ojos que le contemplaban con expresión desprovista de toda compasión, y quiso disculparse, acusándose de algo que no había cometido.

—Yo… yo los robé esta… esta mañana de la… de la oficina… Los… los necesitaba…

— ¡Basta! —cortó Zinnemann, sacando algo de su bolsillo, que brilló con plateados reflejos y que hizo lanzar un anticipado gemido de agonía a Klestein—. No puede haber, no la habrá, la menor consideración para quien vende a sus propios hermanos por un puñado de monedas.

Pero Arnoulh, que parecía ser el que allí mandaba, le detuvo:

— ¡No! Aquí no, Zinnemann. En la habitación de al lado, si acaso. Hay señoras a las que el derramamiento de sangre podría causar perturbaciones espirituales, aunque estoy seguro de que aprobarán nuestra sentencia.

La aprobaron. A excepción de Harriet, muda, con los ojos muy abiertos, pero sin dar la menor señal de debilidad, todas las demás pidieron la cabeza del traidor, ante lo cual Zinnemann y Barini sonrieron satisfechos.

—Hay algo tan seguro como el puñal y menos aparatoso que éste. —dirigiéndose hacia una de las cortinas que de manera anacrónica adornaban la sala, arrancó el grueso cordón de seda que servía de sujeción, comprobando satisfecho su solidez.

—Esto servirá —dijo su compañero, harto complacido, tomando a Klestein, quien en vano trató de escapar a la horrible suerte que le estaba destinada, y que le ayudaron a seguir varios de los caballeros que asistían a la reunión, que le llevaron en volandas hacia la vecina estancia.

Los gritos del infortunado Elijah se elevaron patéticamente en el ambiente, a través de la semicerrada puerta, que impedía la visión de la escena, pero pronto fueren cortados por el erizante gañido que salió de su garganta cuando el cordón se la oprimió mortalmente. Luego, el silencio más absoluto sucedió a la sumaria ejecución.

David se encontró de repente con Harriet en los brazos. La muchacha sollozaba con amargura, duramente impresionada, pero él le levantó la barbilla, diciéndole con una punta de ironía:

— ¿No era usted la mujer fuerte? ¿No era la que sostenía que por encima de todas las consideraciones está el sentido de la planetalidad terrestre?

— ¡Oh! ¡Es usted…!

Algo interrumpió la voz de la muchacha. Un tropel de hombres, armados con atomizadoras ligeras «Bargan», con el emblema de la Policía Coaligada en el pecho, detrás de un capitán que los

encabezaba, aparecieron súbitamente en la sala, interrumpiendo todos los comentarios y haciendo que el silencio fuera el dueño del ambiente.

Arnoulh se adelantó hacia el capitán, que miró ceñudo en torno suyo.

— ¿Qué es eso, capitán? ¿Por qué ha entrado usted de tan descortés manera en esta casa?

—Tengo motivos para suponer que aquí no hay otra cosa que espías y conspiradores terraquistas —murmuró secamente el oficial.

—Ustedes, los coaligados, no ven más que rebeliones por todas partes. ¿No se ha dado cuenta de que ésta es una reunión, una fiesta de sociedad? Aquí somos todos gente pacífica, amante de la tranquilidad y el orden.

El coaligado lo miró despectivamente de arriba abajo.

—No me convencen sus palabras. Veré a ver qué es lo que hay por ahí adentro.

— ¡Un momento, capitán! —Arnoulh había tomado el mando y su voz era vibrante, enérgica—. ¿Con qué derecho, fundado en qué ley piensa hacer usted tal registro? ¿Trae usted los oportunos documentos que le permitan obrar de la manera que lo está haciendo?

El pulgar del oficial de policía señaló sarcástico a su espalda:

—Ésos son mis documentos. ¿Tiene bastante, terrícola? Un hombre de nuestro Servicio de Inteligencia ha sido muerto y tenemos fundadas sospechas de que su asesino se encuentra entre estas gentes. Precisamente aquí —golpeó, impaciente, con su pie el suelo, echando luego a andar, apartando a un lado, sin ninguna ceremonia, a Arnoulh y abriendo la puerta de la vecina habitación antes de que nadie se lo impidiera.

Harriet lanzó un gemido de espanto al ver los balanceantes pies del ejecutado girando alternativa y monótonamente a derecha e izquierda, pero en aquel momento, cuando de nuevo ocultaba su rostro en el pecho de David, cuando el capitán coaligado, hecho un puro lío mental a causa del asombro que le había producido el inesperado hallazgo de un hombre pendiente por el cuello de una soga, el latigazo de un disparo sonó en la habitación.

CAPÍTULO V

Un circulito rojo apareció de repente en el pecho del capitán, que se lo miró durante un instante, como si no quisiera acabar de creer que estaba herido. Echó su mano a la atomizadora que le pendía del cinturón, mas antes de que tuviera tiempo de completar el movimiento se derrumbó hacia delante, muerto, sin lanzar un solo gemido.

David tenía todavía rodeada a Harriet con sus brazos y previó lo que iba a ocurrir a continuación, cuando todavía vibraban en la habitación los ecos del disparo. Sin vacilar un momento se arrojó con ella detrás de un diván, tendiéndose en el suelo, en el instante exacto que el impacto de una «Bargan» daba en la pared, a pocos centímetros de su cabeza.

Sintió el calor de la desintegración y adivinó, más que vio, el ancho boquete abierto en el muro, pero inmediatamente comenzó el jaleo.

Alguien apagó la luz. Gritos, maldiciones, aullidos de dolor, alaridos de pánico de las mujeres que recordaban tardíamente que pertenecían al bello sexo y, por encima de todo, los lívidos fogonazos de las «Bargan» que iluminaban espectralmente la escena, viéndose intermitentemente, pero de una manera muy seguida, las siluetas de los conspiradores correr alocadamente de un lado a otro,

en tanto que iban siendo derribadas por los disparos de la Policía Coaligada, que, firme en la puerta, disparaba a media altura, repeliendo la agresión, sin reparar sobre quién hacían fuego.

El azulado relampagueo de las atomizadores se mezcló con los anaranjados fogonazos de las anticuadas pistolas, que conmovían fragorosamente la estancia, derribando algunos de los soldados ocupantes, quienes al ser alcanzados por los proyectiles de plomo prorrumpían en gritos de dolor que contribuían en grado poderoso a aumentar el espanto y confusión de la situación tan crítica en que se hallaban los asistentes a la «fiesta», los cuales poco a poco fueron siendo eliminados sin la menor piedad. Los hombres de la Coalición, furiosos por haber visto morir ante sus ojos a su oficial, disparaban impíamente hasta que, de repente, al no oírse ningún disparo más procedente de las armas de fuego, alguno, más decidido que los demás, se arriesgó a tocar el conmutador de la luz.

David, teniendo a su lado a Harriet, sintiendo el calor de su cuerpo joven y hermoso, presenció un cuadro espantoso, en medio del penetrante olor a carne quemada que invadía la estancia, procedente de los cuerpos desintegrados, cuyo humo flotaba aún en capas espesas en el aire. Varios cuerpos más yacían en el suelo, algunos de ellos pertenecientes a los policías, revolcándose en medio de los charcos de su propia sangre, en tanto que otros, los de los conspiradores, habían recibido heridas producidas por las propias armas de sus mismos compañeros de reunión, quienes, al disparar en la oscuridad sin orden ni concierto, no supieron sobre quién hacían fuego.

Dos hombres, sosteniendo firmemente en las manos sendas «Bargan», se plantaron delante de ellos.

— ¡Si no están heridos, levántense inmediatamente! No intenten hacer el menor movimiento sospechoso si no quieren convertirse en un poco de humo maloliente.

A David no le quedaba otro remedio que obedecer. Se incorporó, asiendo de la mano a Harriet, cuyo tocado había sufrido bastantes desperfectos, así como su rostro expresaba claramente, por medio de su cerúlea palidez, la impresión del desagradable momento, y, dirigiéndose hacia los que les encañonaban, murmuró:

—No teman. No pensamos resistirnos.

Uno de los dos hombres llevaba en las mangas las insignias de

sargento y, muerto su capitán, tomó el mando.

—Todos los que quedan ahí están heridos. Estos dos son los únicos que quedan en buen estado. Llévatelos abajo y custódialos bien. Dispara sin miedo si intentan algo.

Media hora más tarde, el sargento, acompañado de dos de sus hombres, habiendo dejado arriba unos cuantos más para atender a sus propios heridos, llegó al coche en el que, encañonados fijamente por el hombre que había sido designado como su guardián, se encontraban David y Harriet, aquél fumando impasiblemente, la mujer visiblemente turbada, pues no ignoraba la terrible suerte que les esperaba.

El sargento se asomó irónico por la ventanilla del coche.

—Me parece que no lo va a pasar nada bien, coronel Henríquez. Estos rebeldes eran tontísimos. Demasiados papeles y demasiados hilos magnetofónicos con listas de nombres. Tengo orden de llevarle a usted y a la señorita al Mando Supremo Coaligado.

David continuó fumando sin contestar palabra, indiferente, como si las sarcásticas palabras del sargento no fueran con él. Éste, acompañado de los dos hombres, se metió en el coche, pero en el mismo instante una patrullera sideral de mediano tamaño picó sobre aquel lugar.

Descendió suavemente los últimos metros, posándose sobre el asfalto y desapareciendo al momento los chorros de sus gases. Un hombre de enérgico paso se dirigió hacia el coche, del que volvió a salir el sargento, que se cuadró respetuosamente ante el recién llegado, que preguntó sin ninguna ceremonia:

— ¿Dónde está Henríquez y la mujer?

—Aquí, señor. Ahora mismo me disponía a llevarlos…

—De acuerdo. Yo me quedo aquí concluyendo de investigar. Tome usted la patrulla y llévelos al Mando. Hay dos hombres más allí, en el vehículo. Ellos le servirán de ayuda en caso de que intenten algo los prisioneros.

—Sí, señor. A la orden, señor.

Cinco minutos después, tras un fulminante despegue vertical, la patrullera se encontraba a mil metros de altura, en tanto que David y Harriet se hallaban en el asiento posterior, vigilados por los dos soldados que se habían colocado frente a ellos, estólidamente, pero sin dejar de apuntarles con las atomizadoras. El sargento se hallaba

unos metros más allá, al lado del conductor. Y el aparato continuó ganando altura velocísimamente.

Durante la acabada guerra David había visto más de un aparato de aquéllos, tomado prisionero al enemigo. Suponía que su funcionamiento sería poco más o menos como otros del derrotado ejército terrestre, puesto que ambos tipos estaban construidos por cerebros humanos que, en lo referente a maquinaria, pensaban poco más o menos lo mismo. Y sus ojos se fijaron en un panel que había al lado del conductor.

Lo que había encerrado allí podía ser su salvación… si conseguía llegar hasta ello. Pero no dudó un momento de que no pudiera conseguirlo, aunque vaciló durante breves instantes temiendo por las consecuencias que pudiera sufrir la mujer que llevaba al Lado. Sin embargo, en su ánimo pesó decisivamente la suerte que les esperaba y se dijo que no podría ser mucho peor que desaparecer en un segundo, desintegrado por un disparo atómico, y que, a fin de cuentas, él no se había metido por su voluntad en aquel jaleo y por lo tanto, aun pasándole algo a Harriet, ella era la principal culpable de que se viera reducido a la dura condición de prisionero por un hecho en el cual, si había tomado parte, bien pequeña por cierto, había sido obligado por una indecorosa coacción.

Sacó un paquete de cigarrillos de su bolsillo, ante las miradas atentas y un tanto escamadas de sus guardianes, que siguieron con la vista todos y cada uno de sus movimientos. Lo encendió pausadamente y de repente el pitillo se le escapó, en un involuntario movimiento, de los dedos índice y pulgar.

Rodó el cilindro de papel y tabaco hasta los pies de los soldados y en el mismo instante David se colocó las manos delante de los ojos.

Antes de que los policías coaligados tuvieran tiempo de preguntarse qué significaba la extraña maniobra de David, un deslumbrador fogonazo, apenas sin ruido, invadió la amplia cabina. Una luz blanquísima, cegadora, que hería los ojos hasta la nuca, llenó todo aquello, al mismo tiempo que se desprendía un intensísimo humo, también blanco, que hizo toser y estornudar a todo el mundo.

Los soldados, sorprendidos por la enormísima llamarada, no tuvieron tiempo siquiera de disparar sus armas. Sus ojos les

preocupaban más y, atónitos, estupefactos, al par que alarmados, pero sin poder hacer, por puro instinto, otra cosa, se llevaron las manos a los ojos, en tanto que prorrumpían en alaridos de pánico y miedo, provocados, más por el daño en sí, por el extraño resplandor que los había cegado momentáneamente.

También llegó la luz del magnesio a los ojos de David, pero muy atenuada, ya que había tenido tiempo de tapárselos, mas no se entretuvo mucho más. Cogió a Harriet, asiéndola fuertemente por el brazo izquierdo y avanzando a través de los dos policías que continuaban aullando como condenados.

El humo llenaba todo y esto impidió que, tanto el sargento como el conductor, también bastante deslumbrados, aunque no tanto como los otros, ya que la explosión les había cogido de espaldas, pudieran ver con claridad los movimientos de sus prisioneros. Tanteando con las manos, el sargento tocó el traje de David, pero éste, aunque poco, a causa de la niebla creada artificialmente, veía mucho mejor, ya que no tenía sus ojos ciegos, y se lo quitó de encima de un derechazo casi a tientas que alcanzó en la mandíbula a su oponente, arrojándolo sobre el conductor.

Esto hizo que la patrullera se tambaleara al recibir el piloto el cuerpo de su superior y hacerle perder el equilibrio, aferrándose inconscientemente a los mandos, y todos, gritando enloquecidos, fueron derribados hacia un lado. Pero David, ya había contado con algo parecido y se arrastró por el suelo, hacia su objetivo.

El humo continuaba invadiendo espesamente la cabina, ya que en su azoramiento ninguno de los coaligados había acertado a abrir alguna ventanilla y esto favoreció los planes de David que abrió el panel, tomando un par de paracaídas de aquel armarito.

Con movimientos rápidos, febriles, se lo colocó a Harriet, lanzándola a continuación, por la puerta que abrió, al espacio, quedándose él con la anilla de sujeción en la mano. Y acto seguido, saltó él.

No se entretuvo siquiera en colocarse los atalajes del paracaídas. Al abrir la puerta el humo había comenzado a disiparse y temía la reacción del contrario. Simplemente agarró una de las correas del artefacto salvador, en tanto que caía como un plomo hacia abajo, en medio de la oscuridad de la noche.

Calculó que se habría lanzado a unos tres mil quinientos metros

de altitud. Disponía, pues, de muy poco tiempo y, haciendo sobrehumanos esfuerzos, venciendo denodadamente la enorme resistencia que le oponía el aire y que aumentaba a medida que aumentaba la velocidad de su caída, logró ponerse, aunque en estado bastante precario, el paracaídas. La tierra, representada por alguna que otra luz esporádica de las granjas perdidas en mitad del campo, se le aproximaba rapidísimamente.

El tironazo que le dieron las correas le cortó momentáneamente la respiración, causándole vivísimo dolor en las articulaciones, pero esto le pasó pronto. Y antes casi de que tuviera tiempo de darse cuenta de lo que le ocurría, sus pies tocaron el suelo.

Afortunadamente era tierra de labor, recién arada, y muy blanda por efecto de la llovizna y, aunque no pudo evitar el rodar por el suelo, se levantó al momento, sin ningún desperfecto de consideración en su organismo. Desciñóse rápidamente las correas y tiró a un lado el ya inútil paracaídas, en tanto que sus ojos miraban hacia arriba, tratando de taladrar las tinieblas de la noche.

No habiendo sufrido los efectos del fogonazo, su visión se encontraba en buen estado y así vio recortarse contra la azulada negrura del cielo, ocultando en parte las estrellas, un círculo oscuro que se balanceaba de un lado para otro. Harriet no iba a caer muy lejos de allí y corrió hacia el punto en que aterrizaría para ayudarla a salvar el mal rato de su llegada, ya que probablemente todavía estaría semicegada.

La cogió en sus brazos justamente en el momento en que iba a tocar tierra, no pudiendo evitar el caer nuevamente, pero contribuyendo a que el choque del cuerpo de la muchacha contra el suelo fuera más suave de lo calculado, ya que de la otra forma, al no hallarse advertida, hubiera podido sufrir algún daño en su identidad física.

Harriet lanzó un gritito de susto al verse, primero, asida por la cintura y luego caer a un lado, pero inmediatamente una voz sonó en sus oídos:

— ¡Soy yo, Harriet! ¡No tema nada! Ahora está a salvo.

— ¡Oh! David, ¿es usted? ¡Qué miedo he pasado! Creí que… que…

Agotada por las rudas emociones pasadas, prorrumpió en sollozos sin poder contenerse, agitándose sus bellos hombros

espasmódicamente, en tanto que Henríquez procuraba calmarla. Cuando al fin sucedió esto, le preguntó:

— ¿Cómo están sus ojos, Harriet?

—Mucho mejor, gracias. Pero en los primeros momentos creía haberme quedado sin ellos. ¡Fue terrible, tan inesperado! ¿Qué era ello, David?

Sonrió él al recordar su truco, que afortunadamente había tenido tan buen éxito, y exclamó satisfecho:

—No tiene nada de particular. Un poco de magnesio en un cigarrillo preparado especialmente, al cual se le había agregado una sustancia que, además de producir más llama, causaba una humareda mucho más intensa.

— ¿Cómo… cómo se le ocurrió a usted… hacer eso, David? —preguntó ella, mirándole con ojos en los que todavía se notaban las señales del deslumbramiento.

—Uno tiene que estar prevenido para todo, Harriet… excepto cuando se es tan tonto que permite que se le obtengan ciertas fotografías comprometedoras —dijo David—. Ya llevaba ese cigarrillo cuando acudí a la reunión.

— ¡Oh! —gimió ella al recordar las terribles escenas de que había sido testigo presencial, y de nuevo, sin poderlo remediar, se echó en los brazos del hombre, que los abrió resignado.

Pasaren unos minutos de silencio, durante los cuales Harriet concluyó de serenarse, y cuando al fin abrió la boca fue para preguntar:

— ¿Qué vamos a hacer ahora, David?

—Pues intentar volver a la ciudad, naturalmente. No vamos a quedarnos a vivir en el campo —sonrió, y las estrellas se reflejaron en sus dientes.

—Pero nos apresarán de nuevo. Saben quiénes somos y qué es lo que hacíamos en aquella reunión.

—No se atreverán a hacerlo de nuevo. Para no irritar mucho a los terrestres, los coaligados procuran guardar todas las buenas formas posibles. Nosotros diremos que no estábamos, que no nos hemos escapado en nuestra vida de una patrullera policíaca, y tendrán que pasar por nuestra palabra. Ellos saben que es mentira, pero no podrán probar lo contrario, porque si alguno de los «nuestros» —y David recalcó sarcásticamente la palabra— ha

sobrevivido, lo supongo tan leal a la causa como para jurar por todos sus antepasados que jamás nos ha visto allí.

—Habla usted como un abogado —sonrióle ella—. Creo que me ha convencido. Intentaremos volver a la ciudad, pues.

—Sí, pero recuerde que nuestra unión es circunstancial y que lo que hago es absolutamente obligado por las circunstancias. No olvide que ustedes me hicieron una sucia jugada, cuyo nombre se lo dije a Arnoulh y que no repito en consideración a que delante de una dama no deben pronunciarse ciertas feas palabras.

Ya estaba caminando hacia una luz que se veía a lo lejos, tropezando de vez en cuando con las irregularidades del terreno, y a causa de la oscuridad, David no pudo ver el súbito color rojo que se había apoderado de las mejillas de la mujer, abochornada porque en su fuero interno reconocía que el ex coronel tenía razón. Pero se abstuvo de murmurar ni una palabra más, y caminó en silencio hasta que llegaron a la granja, a cuyo propietario contaron una historia que tuvo, o al menos así se lo pareció a ellos, la virtud de convencerle.

La mujer del granjero les facilitó rojas secas y luego, con buen apetito se sentaron a la mesa. Y de nuevo aquella noche, David hubo de conformarse con una manta en el suelo, en tanto Harriet dormía en la cama, pues para no despertar sospechas no se atrevieron a desmentir su supuesto matrimonio.

Esta vez el despertar de ambos no fue nada grato. Un numeroso ruido de voces en los alrededores del edificio les hizo levantarse rápidamente y por una de las ventanas pudieron apreciar un numeroso grupo de agentes que rodeaban con hartas precauciones, armados hasta los dientes, el edificio.

— ¿Cómo habrán sabido que estamos aquí, David? —murmuró ella, desalentada.

—No hay más que una solución y es que el granjero nos ha vendido. Ya me pareció anoche que no nos miraba con buenos ojos.

— ¿Cree usted posible que haya traidores así? —dijo ella, indignadísima.

David contempló en aquel momento cómo el jefe de la fuerza entregaba algo al ranchero, y se lo indicó a Harriet:

—El dinero convence al más reacio. ¡Vamos! De nada serviría el resistirnos —y cogiéndola del brazo, abrió la puerta, comenzando a

descender las escaleras, tranquilamente, sin mover un solo músculo de su rostro, hacia los policías que ya aguardaban al pie de los escalones.

CAPITULO VI

—No puedo, no podemos probarle nada, señor Henríquez, y por eso me veo precisado a soltarlo —dijo, ceñudo, de mala gana, el general Mulliner, ahora jefe del Servicio de Inteligencia de la Coalición—. Pero, en lo sucesivo, le recomiendo elija cuidadosamente sus amistades.

—Eso es cuenta mía, general —dijo con aspereza David—. No tengo la culpa de que algunos de los que estuvieran en aquella reunión fueran conspiradores.

—No estoy seguro de que usted no lo sea, pero tiene en su favor el hecho de que se inhibió en absoluto de la lucha, así como la señorita Sullivan. Sin embargo, no impidió el linchamiento de Klestein.

David alzó, indiferente, sus anchos hombros.

— ¿Qué hubiera hecho en mi lugar, general? Hubiera sido una locura interponerse entre el muerto y una docena de locos, casi todos ellos armados. Puede que le hubiera hecho compañía yo mismo.

—Está bien. Váyanse, pero no olviden que nosotros somos ahora los que mandamos, no solamente en la Tierra, sino en los restantes planetas y que si, por el momento, el suyo está ocupado, es solamente por nuestro interés en que sea un miembro más de nuestra asociación, y en la que no interesan lo más mínimo las guerras. Estamos decididos a quitarles de la cabeza, SEA COMO SEA, esas ideas belicistas, y lo lograremos. No lo dude, señor Henríquez.

—Les deseo mucha suerte en su empeño, general. —David se inclinó burlonamente, preguntando a continuación—: ¿Podemos

marcharnos?

—Si. Nadie les molestará —repuso, muy serio, Mulliner.

David dio media vuelta, saliendo acompañado de Harriet, sin ver que, apenas se cerraba a sus espaldas la puerta, el general se inclinaba sobre un transmisor y dictaba unas órdenes.

—Bien, afortunadamente hemos salido ya de ésta —suspiró gozosa Harriet—. ¿Qué piensa hacer ahora el héroe?

Éste la miró de través:

—Largarme inmediatamente a Nueva York. Si busca usted entre sus conocimientos acerca de mi humilde persona, recordará que hay una mujer llamada Annette Silverman, con la cual pienso casarme algún día.

En el rostro de la muchacha se advirtieron claramente señales de la decepción que acababa de sufrir, pero antes de que pudiera hablar, un hombre uniformado se les acercó.

—El general Mulliner me ha ordenado ponerme a su disposición. ¿Dónde desean los señores que les lleve?

—El coche está servido, excelencia —dijo, burlonamente, Harriet, haciendo una reverencia, tomando el borde de su destrozado vestido.

Dos horas más tarde, David se apeaba en la puerta de la casa de Annette, desapareciendo en ella, seguido por la melancólica mirada de Harriet que dio una dirección al conductor, quien hizo arrancar el vehículo al momento.

David penetró, cruzando la acera en dos saltos, en la residencia de los Silverman, sin darse cuenta de que en la acera de enfrente, a doscientos metros de distancia, un hombre le estaba contemplando atentamente, pero este vigilante, no se apercibió a su vez, de que tenía otro que lo vigilaba al mismo tiempo, como asimismo no dio ninguna importancia al reactaxi que se detuvo una docena de metros antes de la casa en la que había desaparecido el ex coronel, desembarcando un pasajero que desapareció absorbido por el indiferente gentío que pululaba en ambas direcciones, en tanto que el vehículo se quedaba allí, desechando su piloto cuantas ofertas de viajes se le ofrecían.

La espera, para los tres hombres fue larga. Pero ya era casi de noche, cuando David salió de la casa de su novia, despidiéndose de ella con un tierno beso y saliendo a la acera. Ignoraba que el

primero de los hombres que le vigilaba llevaba una insignia vulgar de un club atlético en la solapa, pero que en realidad no era otra cosa que un diminuto y perfeccionadísimo objetivo de una cámara portátil de televisión, escondida en el bolsillo superior de su traje, la cual transmitía, con toda fidelidad, sus imágenes a cierto lugar, donde eran automáticamente filmadas. El espiado, sin darse cuenta de que lo era, se metió tranquilamente en el reactaxi, que echó a andar velozmente.

El primer espía dio por terminada su misión y se dispuso a abandonar el lugar de su «trabajo» sin darse cuenta de que era seguido por otra persona, en tanto que, en el interior del vehículo, David se abandonaba a sus propios pensamientos que distaban mucho de ser todo lo agradables que debieran después de la larga entrevista sostenida con su prometida.

Había estado frío, indiferente, ausente, contestando la mayor parte de las veces con monosílabos, y Annette no dejó de extrañarse en alguna ocasión, pero como desde que acabó la guerra David había cambiado enormemente, perdiendo por completo su alegre y comunicativo carácter que le hacía ser simpático y atractivo para todo el mundo, adquiriendo otro mucho más huraño y retraído, Annette no dio mayor importancia a la cosa, pensando que en el momento en que se casaran todo cambiaría radicalmente, aunque, a pesar de sus esfuerzos, no logró hacerle aceptar el empleo que le ofrecía su padre en una de sus más fuertes empresas. Pero de haber sabido la muchacha cuáles eran los pensamientos que, en veloz torbellino cruzaban por la cabeza de su amado, hubiera tenido motivos para acelerar la boda en todo cuanto la hubiera sido posible.

Así, pues, no supo que la atención de David estaba centrada en aquella muchacha que no había vacilado en hacerse pasar por su esposa con tal de atraerle para su causa, bien que empleando unos medios harto discutibles por su licitud, pero salvando este detalle, David hubo de confesarse abiertamente a sí mismo que el impacto espiritual que había recibido era algo más serio de lo que sospechaba. De modo que, abstraído en sus lucubraciones, no se dio cuenta de que el reactaxi circulaba en una dirección completamente distinta a la que había ordenado, y solamente salió de su atonía en el momento en que el vehículo se detuvo.

Miró asombrado en torno suyo. Aquélla no era la calle en donde estaba enclavado el hotel en el cual se alojaba. Se dio cuenta de que algo raro pasaba y protestó airadamente.

— ¡Eh, oiga! ¡Ésta no es la dirección que le di! ¿Se ha vuelto loco?

Pero la voz que oyó a continuación lo dejó helado de sorpresa:

—Ya lo sé, coronel. Tenga la bondad de apearse y penetrar por la puerta que tiene frente a sí.

—¡¡ARNOULH!!

La exclamación de David reflejaba todo el inmenso asombro de que estaba poseído, y continuó, inquiriendo:

—Pero, ¿no murió usted anoche en la refriega?

Sin volverse el «resucitado», sonrió.

—Ya puede verlo usted, coronel, puesto que vivo… y coleo, para desesperación de esos aprendices de policía. Pero éste no es el lugar más apropiado para conversar. Sírvase pasar al interior de esa casa. Págueme antes. No hay que dejar nada al albur.

Todavía sin comprender lo que ocurría, David hizo lo que le ordenaban, apeándose acto seguido y penetrando en la casa, de misérrimo aspecto, de un ladrillo que había resistido varios siglos y que había perdido el primitivo color rojo para adquirir una oscura pátina. El portal estaba oscuro, pero antes siquiera de que pudiera vacilar, notó la voz de Arnoulh.

—Pase, coronel. Por aquí, no tenga miedo.

Una puerta se abrió, en el mismo rellano, y notando en su brazo la presión de la mano de su interlocutor, que lo guiaba por aquellos parajes absolutamente desconocidos para él, y carentes totalmente de luz, avanzó paso a paso, advirtiendo que cruzaba varias habitaciones, desprovistas en absoluto de muebles, a juzgar por la oquedad con que resonaban sus pasos y, de repente, con un brusco cambio que le dolió en las retinas, la luz se hizo.

Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la claridad, David se llevó un respingo por partida doble. ¡Harriet Sullivan se encontraba allí y sonreía graciosamente!

Sin embargo no se extrañó tanto como por el increíble hecho de que el padre de Annette, el acaudalado hombre de negocios, fuera el otro ocupante de la habitación y que, sonriéndole afectuosamente, se levantó con la mano extendida hacia él.

—David, hijo, ¡cuánto me alegro de verte por aquí! Suponía que eras de un probado terraquismo, pero nunca me imaginé lo fueras tanto.

David, sin hacer caso todavía de Harriet, miró acusadoramente a Arnoulh, que respondió volublemente, contestando a la muda interrogación de su «prisionero moral»:

— ¡Oh! El señor Silverman es un acendrado terraquista. Nos presta una de sus astronaves, equipada con los últimos perfeccionamientos de la técnica.

— ¡Vaya! Ignoraba esa cualidad suya, señor Silverman —dijo David—. ¿Puedo saber en qué consisten esas últimas modificaciones técnicas y cuál va a ser la misión de la astronave?

Arnoulh y Silverman se miraron como consultándose antes de tomar una decisión, y al final el primero, suspirando, comenzó a hablar:

—La primera de ellas es que los técnicos que se encuentran al servicio de las factorías de espacio-naves Silverman, han encontrado el medio de duplicar la velocidad de las mismas.

—Un poco tarde ya, ¿no lo creen así? —dijo amargamente David, recordando que por cincuenta mil kilómetros más de velocidad horaria, las suyas habían sido batidas implacablemente por las coaligadas, a pesar de carecer éstas de la protección de los deflectores.

—Sí. Es cierto —reconoció Silverman—. Estos quince o veinte días nos hubieran sido preciosos y al ganar en velocidad a las astronaves contrarias, hubiéramos ganado sin duda alguna la guerra. Pero nuestro Gobierno, todo hay que reconocerlo, se precipitó demasiado en su ultimátum sin querer aguardar nuestros trabajos.

—A estas horas estoy seguro de que lo están lamentando vivamente —terció Arnoulh.

—Más lo lamentan los que murieron —replicó áridamente David, que continuó su inquisición—. Aclarado este punto, ¿para qué se me necesita a mí?

—Usted es un héroe y el enemigo lo ha reconocido así —dijo Arnoulh—. No le pondrá, pues, el menor inconveniente en extenderle una patente de capitán de una espacionave mercante, así como los necesarios permisos para navegar por la Galaxia.

—Y, hecho esto, dándolo como bueno, ¿qué es lo que sigue?

—Hidrógeno líquido —contestó, decidido, Arnoulh.

— ¿Hidrógeno líquido? —preguntó David, sin comprender a dónde iban a parar sus interlocutores.

—Sí. En Júpiter existe en inmensas cantidades, libremente. Sin más que cargarlo en bombonas donde quedará comprimido a elevadísimas presiones, para su traslado a la Tierra.

— ¿Por qué no lo fabrican aquí?

La pregunta era lógica, pero tuvo una más lógica respuesta por parte del padre de Annette.

—Está prohibido, David, y aunque estuviera permitido, siempre es más barato, al menos en estas circunstancias, el traerlo desde Júpiter. La astronave es enorme y llevará una buena tripulación. Todos de confianza. Hombres expertos, para los cuales el cargar el hidrógeno líquido en las bombonas será juego de niños.

—Su manipulación es muy peligrosa, señor Silverman —objetó David.

—Lo sé, hijo. Por eso la paga es adecuada a la misión. Me refiero a la de ellos. En cuanto a la tuya, puedes fijarla tú mismo.

David agitó la mano desdeñosamente.

— ¡Oh! Siendo para lo que es, y estando usted detrás de nosotros, no puedo pedir nada, señor Silverman. Con Annette tengo bastante.

—Gracias. Cuando regreses se celebrará la boda. Será un acontecimiento jamás visto en nuestro viejo mundo.

De reojo pudo advertir David que Harriet palidecía, mordiéndose los labios, y un diablillo malicioso le impulsó a decir:

—Creo que a nosotros nos gustaría más una boda sencillita…

Le interrumpió una sonora carcajada del señor Silverman.

—Sí. Eso me parecía a mí cuando tenía tus años. Tu futura suegra y yo pensábamos igual, pero muchas veces nos aburriríamos si no fuera por el álbum fotográfico. ¡Acudió tanta gente! Y es agradable recordarlo ahora al cabo de casi veinticinco años. Si hubiéramos hecho la boda que tú dices, no tendríamos de qué hablar en más de una ocasión.

David se encogió de hombros.

—Bueno, si usted se empeña… —y luego, variando súbitamente de conversación, preguntó, interesado—: ¿Dice que han duplicado

la velocidad de las astronaves?

—Sí —el rostro de Silverman se iluminó. Pensaba en los beneficios que iba a sacar de la patente—: Estamos seguros de que darán resultado las modificaciones introducidas. Figúrate. ¡Quinientos mil kilómetros a la hora!

—Eso quiere decir…—David hizo unos rápidos cálculos mentales, continuando después de unos momentos—: Cincuenta y tres días y cuatro horas nos llevará el viaje.

—Eso es. Pon treinta días, o su equivalente, claro está, porque os encontraréis en Júpiter, para cargar el hidrógeno; otro tanto para regresar; puedes añadir, si quieres, una semana más para imprevistos, y te resultan casi cinco meses. Se pasan volando, David —le dijo afectuosamente Silverman dándole una palmada en el hombro.

—De acuerdo. Pero no admitiré más dilaciones en la boda —dijo éste, sin mirar a Harriet, cuyo rostro hacía rato había perdido su expresión agradable. Había allí buenas noticias que no se referían a ella, precisamente.

Continuaron hablando un buen rato, preparando los detalles del viaje hasta que todo quedó listo. Silverman entregó un buen fajo de garants a David, que éste rechazó en un principio.

—No me hacen falta ahora —dijo.

—Sí. Nos corre prisa el hidrógeno líquido y necesitarás activar tus gestiones oficiales. Los funcionarios coaligados no son mejores que los que teníamos y la cosa marchará mejor si dejas caer de vez en cuando un puñado de garants.

—Está bien —dijo David, metiéndose el dinero en el bolsillo Miró a Arnoulh, diciéndole:

—Y ahora, ¿puede mi chófer particular llevarme al hotel a cenar y descansar? Creo que lo tengo bien merecido

—A las órdenes de vuestra excelencia —contestó el otro, irónicamente.

David salió del ascensor, encaminándose hacia su habitación, sin fijarse que había un hombre en el otro extremo del corredor, oculto detrás de una esquina, contemplando con curiosidad lo que iba a suceder. Y cuando vio a David oprimir el pomo de la puerta, se tapó los oídos. Estaba lo suficientemente lejos para no temer los efectos de la explosión que iba a sucederse inmediatamente.

David entró en su habitación e, inmediatamente, un estampido atronador conmovió el edificio, cuyas paredes temblaron de una manera perfectamente visible.

La puerta fue desencajada de sus goznes, saliendo despedida hasta la pared de enfrente, en la cual aparecieron súbitamente algunas grietas, al mismo tiempo que todos los cristales inmediatos volaban pulverizados, y una espesa nube de grisáceo humo salía de la habitación volada.

El espía no aguardó a más. Corrió, espantado por las escaleras abajo, gritando, al mismo tiempo que simulaba un pavor que realmente no sentía.

— ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Una bomba! ¡En el sexto piso!

Las puertas de las habitaciones del «Mars Hotel» comenzaron a poblarse de las asustadas caras de sus huéspedes, forzosamente despertados por la violencia estruendosa de la explosión, a la cual se sumaron los ruidos de los subsiguientes destrozos. El hombre continuaba vociferando a más y mejor, alarmando a todo el mundo más aún que lo que ya estaba, y descendiendo en un tiempo «récord» a la planta baja, de la que salió a la calle, en la que ya estaba formando un numeroso grupo de curiosos, que contemplaban la altura donde había ocurrido el siniestro, sin poder ver nada, puesto que la habitación de David daba a la parte posterior.

Empujando a la gente dijo:

— ¡Voy a telefonear! ¡Las líneas del hotel se han averiado!

Estas palabras le abrieron paso, como por arte de mágico encantamiento, dirigiéndose a una droguería cercana, en la cabina de cuyo teléfono se introdujo, desdeñando el televisófono contiguo. Para ciertas cosas, los métodos anticuados, daban mucho mejor resultado.

Su expresión de pánico desapareció en cuanto se encontró en la cabina telefónica, situada en un lugar oscuro y de poca visibilidad del establecimiento. En lugar de ello, una astuta sonrisa apareció en sus finos labios y, mientras se enjugaba el sudor, después de haber marcado un determinado número, aguardó a que le contestasen desde el otro lado de la línea. Cuando esto ocurrió, dijo:

— ¿José? —era una contraseña convenida, y al recibir la afirmativa respuesta, murmuró en voz bajísima—: Ya está liquidado nuestro hombre. No nos dará más guerra.

—Está bien —le contestaron—. Desaparezca cuanto antes del lugar del suceso.

El espía hizo presuroso lo que le mandaban. Salió a la calle, arrojando una rápida mirada sobre la multitud que cada vez era mayor, y se metió a paso de carga por una desierta calleja contigua, absolutamente falta de luz.

Pero apenas había caminado veinte metros, cuando sintió ruido de pisadas tras sí. No pudo evitar el volverse, como tampoco pudo evitar un grito de pánico al reconocer al hombre que tenía ya encima:

— ¿Usted? ¿Usted? —gimió, retrocediendo instintivamente—. ¡No! ¡No es posible! ¡Está muerto…! ¡Está muert…!

Las manos de David Henríquez se alargaron hacia su cuello y casi al momento el espía perdió la noción de su existencia.

CAPITULO VII

David contemplaba indiferentemente las confusas imágenes que se reflejaban en el telerradar, al atravesar la barrera de asteroides, rebasada ya la órbita de Marte.

Sentado en el puesto de pilotaje de la espacio-nave, había que estar atento a los mandos, ya que siempre era delicada la travesía en dicho momento, el recuerdo de lo ocurrido en el momento en que oprimió su mano el pomo de la puerta en su cuarto del «Mars Hotel», le hizo sonreír bien a su pesar.

Había sucedido lo siguiente:

Se había salvado de la explosión porque, desde que se viera metido involuntariamente en aquellos jaleos, sus sentidos se habían aguzado extraordinariamente.

No cayó en la trampa. Estaba seguro, en cuanto tocó la manilla, que alguien le contemplaba, desde algún punto alejado, al par que seguro, del corredor, pero no se volvió siquiera.

Pocos hombres hubieran advertido la debilísima corriente eléctrica que circulaba por el pomo, y cuyo casi insensible cosquilleo advirtió en sus manos apenas lo tocó. Pero al mismo tiempo, un olor leve, poco inconfundible, le llegó a la pituitaria.

¡EL OLOR DEL SILICATO!

La trampa no era extraordinaria, sino por el contrario, una de las más corrientes y fáciles de tender. No obstante, de no haberla advertido a tiempo, hubiera muerto instantáneamente.

Cuando la atmósfera está cargada de silicato, una sencilla chispa eléctrica provoca una tremenda explosión, de demoledores efectos. La simple apertura de la puerta podía producir la necesaria chispa.

Por eso, si David soltaba el pomo después de asirlo, podría saltar

la chispa entre los dos polos, dependiendo de cómo se había instalado la conducción.

Con la mano izquierda, en rápido movimiento, se hurgó los bolsillos. Tenía un pequeño rollo de alambre, que enganchó al pomo por un lado, y por el otro extremo, en la parte metálica opuesta.

Abrió a continuación. El alambre servía para que no se rompiera el circuito eléctrico, impidiendo al mismo tiempo la producción de la chispa. Penetró en su habitación sin vacilar, habiendo perdido poquísimo tiempo en la operación, que desde el punto en que se encontraba el espía podía haberse interpretado como que andaba buscando la llave de la estancia.

Se refugió en el cuarto de baño, al mismo tiempo que arrojaba una bolita de un par de centímetros de diámetro al lado de la puerta, de la que previamente había quitado la aguja de seguridad adaptada a la misma.

La esterilla era una diminuta y potente bomba de mano, cuya explosión sonó atronadoramente. Además producía una enorme cantidad de un espeso humo gris.

Hecho esto, en tanto que sonaban todavía los estruendos de los destrozos, cogió con toda rapidez las sábanas de la cama, rasgándolas en dos. Hizo una cuerda que ató a los grifos del lavabo, felicitándose a sí mismo por el anticuado sistema de fontanería del hotel y, descendiendo, a fuerza de puños, se introdujo en una de las habitaciones de piso inmediato, cuyos huéspedes habían salido alarmados, por la detonación, al corredor. Mezclándose con ellos, logró descender sin despertar mayores sospechas que las de ser un hombre que huía espantado por el accidente.

Cruzó la calle a todo correr y, mirando en torno suyo, buscando el lugar donde suponía podía haberse escondido el espía, se encaminó a la droguería, confirmando así sus suposiciones.

Cuando el hombre salió se puso tras él, alcanzándolo en la callejuela y…

Algo interrumpió sus meditaciones. Una persona se acercó hacia él.

— ¿Cómo va el asunto, capitán? ¿O prefiere le dé su antiguo título?

Seguro de sí mismo, Arnoulh volvía a ser el hombre fanfarrón

que conociera.

—Bien, gracias. Hay una cosa que me gustaría saber, Arnoulh. ¿Cómo logró escapar de la reunión cuando nos sorprendieron los policías?

El interpelado se echó a reír:

—No dejó de tener gracia. En el momento en que sonó el primer disparo me di cuenta de lo que iba a ocurrir. Salté por la ventana a la calle. No había mucha altura y estando prevenido, cuatro o cinco metros no son difíciles de salvar.

—A lo que parece es usted una especie de capitán Araña —dijo David, con toda seriedad—. Los que murieron allí lo fueron porque confiaron en usted.

—Yo no tengo culpa de que en la organización se hayan infiltrado agentes enemigos. Pero la ejecución de Klestein fue un buen ejemplo para los traidores.

—Sí, si se hubiera publicado en la prensa y hubieran radiado la noticia —la ironía de David era evidente, y Arnoulh, no pudiéndolo soportar más, se alejó soltando un bufido.

El viaje continuó sin otro inconveniente. Los días fuéronse sucediendo monótonamente, sin que Harriet, que también formaba parte de la expedición, cambiara palabra con David. Éste se dio cuenta de lo que pasaba en el ánimo de la muchacha, pero se dijo a sí mismo que no podía hacer nada para remediar tal problema sentimental. Cuando todo hubiera pasado, sus vidas se separarían y no volverían a verse. Harriet era joven y ahora estaba influida por la aureola de heroísmo de David. Esto desaparecería en cuanto dejara de verle.

Estaba afeitándose aquella mañana, es decir, a las ocho horas terrestres, según el calendario de a bordo, cuando un suave pitido le anunció que alguien le llamaba por el intercomunicador. Oprimió el contacto, escuchando la voz de su segundo, Keary.

— ¿Qué ocurre?

—Una patrulla de control nos ha echado el alto, capitán —le daban este trato como comandante de la espacionave, y él había acabado por aceptarlo—. Quieren examinar la documentación.

—Está bien. Reduzca la velocidad a media máquina. Ahora voy para allí.

—Sí, señor.

Terminó de pasarse la maquinilla de afeitar y se caló el mono de vuelo que llevaba habitualmente, pasando apresuradamente al puesto de pilotaje, ante el que estaba sentado Keary, que le indicó la pantalla televisora con telescopio acoplado, en la que se veía la imagen de la nave patrullera que se acercaba rápidamente.

Pronto estuvo tan cerca, que casi se divisaba a simple vista, y de los costados de ésta se desprendió una nave más pequeña que se colocó velozmente al lado de la que pilotaba David, quien ordenó:

—Abran compartimento de presión número dos.

Al cabo de unos segundos le llegó la confirmación.

—Compartimento abierto, señor.

Dos minutos más tarde, un teniente de la policía de vigilancia del espacio, acompañado de cuatro de sus hombres, se presentaba en la anchurosa cabina. Inclinó la cabeza levemente, presentándose:

—Teniente González, de servicio en esta zona. ¿Quién manda esta nave?

—Capitán Henríquez —contestó éste, echando mano a un fajo de papeles que el teniente tomó, hojeándolos por encima y preguntando:

— ¿Objeto de su viaje, capitán?

Se le notaba que aquellas misiones eran nuevas para él, recién salido de la Academia, por lo engolado de su voz, a la que procuraba dar un tinte autoritario que desmentía lo extremado de su juventud.

—Comercio, teniente, simple comercio. En la hoja de ruta podrá ver usted la explicación de todo mucho mejor de lo que yo podría decírselo.

— ¡Hum! —musitó González—. Setenta y tres miembros de tripulación. ¿No son excesivos?

David se encogió de hombros.

—Eso no es cuenta mía, sino del armador Silverman —pero en aquel momento sonó el altavoz.

— ¡Teniente González! ¡Teniente González! ¿Está ahí?

Se acercó éste al micrófono.

—Sí, señor. Hasta ahora todo está en regla —comunicaba con el mando de su nave.

—Registre ese aparato a fondo. Acabamos de recibir la noticia de que lleva un polizón. Le mandamos media docena más de

hombres para ayudarle.

—Sí, señor. Inmediatamente.

Y, volviéndose, dio rápidamente unas órdenes a sus acólitos que obedecieron presurosamente, en medio de la estupefacción de David, que murmuró:

— ¿Un polizón a bordo?

González lo miró reprobadoramente.

—No se haga usted el ingenuo, capitán —dijo—. Estoy seguro de que ese polizón solamente lo es a efectos oficiales y que usted tiene conocimiento particular de que se encuentra aquí.

David fue a arrojarse, enfurecido por la calumniosa imputación de que era objeto, sobre el oficial, pero éste le contuvo con el simple movimiento de poner su mano en la culata de su «Bargan» de reglamento. Respiró profundamente antes de decir:

—Su juventud y la pistola que lleva al cinto, teniente, son dos cosas que me impiden darle adecuada respuesta a la grosería que acaba de pronunciar…

— ¡Ya está, teniente! —gritó alguien a través del altavoz—. ¡Hemos encontrado al polizón! ¡Es…!

En aquel momento una terrible explosión sacudió la espacionave que se tambaleó con inusitada violencia, arrojando a ambos interlocutores sobre el suelo, en tanto que la oscuridad más absoluta se hacía en la cabina.

David se arrastró por el suelo inclinado, percibiendo inmediatamente el silencio característico que se produjo al fallar los chorros de energía a los motores. A tientas buscó el conmutador que ponía en marcha la central eléctrica de emergencia y acto seguido, tras algunos parpadeos, se hizo la luz.

Tomó el micrófono con mano nerviosa:

— ¿Qué ha pasado? ¡Contesten inmediatamente!

—Sí —le contestaron al momento, pero de una forma harto alarmante—. Un meteorito ha impactado en la sala de máquinas, señor.

—Conecten el sistema aislador inmediatamente.

—Sí, señor.

—Que funcionen los soldadores automáticos. Equipo de socorro con traje de presión.

—Al momento, capitán.

Sin preocuparse poco ni mucho del teniente de policía, corrió hacia su cámara, colocándose el traje de vacío en pocos momentos, con febriles movimientos. Abrió la llave de paso del oxígeno y cruzó como un rayo rumbo a la sala de máquinas, alcanzando al equipo de socorro provisto de herramientas y sopletes de alta temperatura, parados todos los hombres delante de la puerta de acceso a la sala de máquinas.

Llamó por el micrófono:

— ¡Atención toda la tripulación! Todo el que no esté provisto de escafandra aisladora, deberá encerrarse en su cámara. ¡Teniente González! Cierre la puerta de la cabina de mando.

El policía obedeció mecánicamente, sugestionado por el poderoso influjo que emanaba de la voz de Henríquez, quien ordenó:

— ¡Abran inmediatamente!

Sintió la bocanada de aire escaparse en un segundo y, apenas hubo dado dos pasos hacia delante, cuando se detuvo ante el impresionante espectáculo que ofrecía el lugar siniestrado, donde se produjo la explosión.

Un enorme boquete, con las planchas retorcidas hacia dentro, de irregulares bordes, se abría en uno de los costados. El cuerpo meteórico había debido ser de gran tamaño, aunque se había pulverizado inmediatamente después del mortífero contacto con el costado de la astronave, una de cuyas pilas atómicas estaba completamente destrozada.

— ¡El Geiger! —pidió enérgicamente David, comprendiendo el gravísimo peligro en que se encontraban todos allí. Un siniestro resplandor verdoso se escapaba del vientre roto del bombardeador de átomos.

Chasqueó aceleradamente el contador y David hubo de contener una maldición. Continuó dando órdenes:

— ¡Pronto! ¡Hay que lanzar al espacio los trozos de la pila!

Provistos de grandes tenazas automáticas y grúas ligeras, por el mismo boquete, cortando a soplete los trozos que no cabían por él, el generador de energía fue lanzado al exterior. Durante algún tiempo seguiría a la astronave, pero a causa de la poca atracción de éste, se ira quedando lentamente rezagado.

Saltando por entre los retorcidos hierros y los fragmentos

deshechos de la maquinaria, David contempló la docena de cadáveres que yacían en diversas posturas en el suelo de la siniestrada sala de máquinas. Evitó mirar el horror que suponía aquello. Algunos habían sido alcanzados por la explosión subsiguiente al choque y sus cuerpos aparecían con horribles desgarros, en tanto que la sangre derramada se había congelado instantáneamente apenas el aire respirable se perdió en el espacio, lo que ocasionó igualmente la muerte de aquellos que salieron ilesos del primer embate del desastre que se había abatido sobre la astronave y yacían en contorsionadas posturas, como buscando algo que no encontraron para escapar a su horrible destino.

De pronto David prestó atención.

Un zumbido monótono se oía y David, conteniendo su paso, se volvió para averiguar la causa. Restablecida la corriente eléctrica, uno de los robots soldadores se había puesto en funcionamiento y por su abertura se escapaban rojas luces del metal derretido que una pala, también automática, iba colocando sobre el lugar averiado, tratando de aislarlo del exterior. Pero por lo visto había sido también averiado porque funcionaba intermitentemente, como renqueando.

No obstante, David no se preocupó de ello. Lo que urgía era ver qué había ocurrido en la cámara inmediata, que era la de almacenamiento de bombonas para el hidrógeno líquido.

Había un micrófono al lado. Lo tomó, llamando, con resultado negativo. La línea debía haber sido averiada.

—Una llave inglesa —pidió. Pero no la usó como tal, sino como instrumento percusor que golpeó con metálico estridor al mamparo que le separaba de los que se hallaban encerrados en el almacén.

Pasaron unos segundos angustiosos antes de que recibiera una respuesta análoga y su pecho emitió un suspiro de alivio. Todavía había alguien vivo allí. Ahora la cuestión era sacar a los supervivientes y no había que pensar en hacerlo por aquella puerta en tanto la enorme brecha estuviera abierta. Había mucho tiempo por delante antes de que pudiera insuflarse aire sin miedo a que se perdiera en la sala de máquinas.

Llamó, también vanamente, por su transmisor portátil de radio, cuya antena hizo sobresalir de la esfera transparente de la escafandra. No le contestó nadie, y entonces se le ocurrió una idea.

Golpeó con la llave en Morse sobre la puerta.

D.E. S.A.L.V.A.R.O.S…

A.G.U.A.R.D.A.M.O.S…

Se metió la llave en el cinturón volviéndose hacia los rostros graves de los hombres que, para una mejor audición de los tableteos del Morse, habían cesado por sí solos en su trabajo.

—Necesito un voluntario —y todos dieron un paso al frente. Eligió a Smokens, un muchacho joven, de rostro decidido—. Tome un soplete. Lo necesitaremos.

—Sí, señor.

—Detengan el soldador automático —ordenó, y alguien manipuló en él cortando la afluencia de metal en fusión, que se solidificó instantáneamente, perdiendo la elevada temperatura que poseía en un momento.

—Cables de sujeción.

Unos delgados filamentos de acero les fueron colocados en un gancho adosado en la parte de la espalda de su cinturón, hecho lo cual, en tanto que el otro extremo era fijado en un saliente de la estancia, David y Smokens se precipitaron en el vacío.

En la forma en que se encontraban, cualquier posición era la superior. No había arriba ni abajo y sus pies, aunque muy ligeramente, eran atraídos por la superior masa del aparato. Ignorando que se tendría que ver en el vacío, no se había provisto de botas con electroimanes, que no pidió por no perder más tiempo.

Caminaron hacia el final del aparato. Smokens se devanó en vano los sesos pensando en el lugar en que harían la abertura con el soplete, y se quedó atónito cuando vio que su capitán se tendía en el suelo y, agarrándose con las manos al borde, desaparecía en el interior de una tobera de escape, correspondiente a la máquina siniestrada. Le imitó, tragando saliva sin poder contenerse.

Agachados por el estrecho tubo, que no mediría más de un metro de diámetro, continuaron caminando. De vez en cuando, para orientarse David golpeaba con la llave inglesa el tubo, haciendo que los golpes resonaran extraña y dolorosamente en sus tímpanos, hasta que, al fin les respondieron desde arriba.

—Aquí el soplete —e inmediatamente una llama cárdeno azulada comenzó a morder el metal que empezó a gotear como si de manteca se tratara, pero en el vacío se helaban instantáneamente

las gotas, chocando con metálico ruido en la parte opuesta.

De repente David hizo una seña a Smokens que cortó la llama:

—A.P.R.E.S.U.R.A.O.S —golpearon en Morse—: E.L A.I.R.E S.E A.CA.B.A…

— ¡Vamos! —acució David, pensando en las agonías que debían estar pasando los que allí estaban encerrados.

Al fin quedó separado un trozo cuadrangular del tubo que echó hacia arriba al momento.

—Hay que soldarlo de nuevo, antes de abrir una entrada en el suelo del almacén —y Smokens asintió, colocando la plancha separada y manejando hábilmente el soplete, estirando la masa fundida en los bordes de modo que contuviera un posible escape de aire cuando irrumpieran en el almacén de bombonas. El lugar en que se encontraban era uno de los túneles de tránsito para reparaciones de posibles averías en la infraestructura de la nave, pero había que aislarlo del exterior. Si había habido alguna cantidad de aire, éste se había fugado instantáneamente, succionando por el vacío sideral.

Atacó Smokens el suelo del almacén, y mientras el soplete mordía el acero, David llamó:

— ¿Cómo va el cierre de la brecha?

—Falta ya muy poco, capitán. Cinco minutos o menos.

—Está bien. Yo estoy a punto de llegar donde se encuentran los hombres aislados. Están escasos de aire, de modo que deberán darse prisa para dejar totalmente estanca la nave.

—De acuerdo, capitán.

Unos golpes sonaron arriba. David prestó atención.

C.R.E.O Q.U.E R.E.S.I.S.T.I.

—O.K. —fue la única respuesta de David que, impaciente ya, viendo que apenas quedaban unos centímetros para terminar el cuadrilátero que les serviría de paso, hizo un poderoso esfuerzo muscular, acabando de arrancarlo.

Pero apenas hizo irrupción en la sala de almacenaje, apenas resonaban en sus oídos los gritos de agradecimiento de quienes se habían visto a las puertas de la muerte, cuando se quedó rígido, estupefacto, al ver que el polizón era una persona muy conocida suya.

¡Annette Silverman!

CAPÍTULO VIII

No obstante, David no perdió el tiempo. Por medio de su micrófono llamó al equipo de socorro.

— ¿Cómo va esa reparación?

—Terminando, capitán. Menos de un minuto.

—Gracias.

Miró en torno suyo. Aparte de Annette y, a su lado Harriet, vio al segundo, Keary; dos miembros de la tripulación y media docena de miembros de la patrulla de investigación, en cuyos rostros se advertía ya el principio de cianosis que les producía la falta de aire cada vez más escaso. Lo milagroso era que hubieran conseguido sobrevivir, y lo supo muy poco tiempo después cuando al fin, al abrirse la puerta de separación de mamparos, una bocanada de aire fresco, puro, renovó el ya cargado ambiente, mostrando todos el alivio que les producía la salvación.

Pero antes de hablar con Annette, David se dirigió a Keary:

— ¿Cómo ha ocurrido esto?

—Algo que probablemente no ocurrirá en un millón de veces que se repita. Sin duda la misma fuerza de la explosión cerró herméticamente la puerta, antes de que pudiera escaparse todo el aire. Quedó muy rarificado, pero a pesar de todo conseguimos sobrevivir. Una de las cosas que recomendé fue que no se movieran apenas. El ejercicio los hubiera perjudicado. Y, a propósito, capitán. ¿Cómo se las arreglaron para llegar hasta aquí? Debió resultarles muy difícil.

David se lo explicó en pocas palabras y vio reflejada en los ojos de su segundo la admiración que le producía la hazaña. Luego se dirigió a su prometida:

—Me explicarás más tarde los motivos de tu estancia aquí. No sé cómo te las has arreglado para vivir aquí tantos días, pero…

Le interrumpió ella vehemente:

—Desde el primer momento conté con la complicidad de Harriet. Se portó estupendamente conmigo.

—Muy bien. Vamos a ver cómo lo hace con nosotros el teniente González. Me gustara idear un medio de sacarte de este atolladero. Y a tu padre también, en la parte que, como armador de la espacionave le corresponde.

Atravesaron la sala de máquinas, en bastante mejor estado, desaparecidos los cadáveres, aunque no del todo, ni mucho menos, las huellas del siniestro. Habría trabajo para unos cuantos días. David se volvió hacia Keary:

—Hágame el favor de ver cómo están los restantes motores. Entre tanto yo voy a ver qué es lo que decide el policía.

Les salió al paso, mirando ceñudo a David, así como a las dos mujeres que le acompañaban, escoltados todos por sus hombres armados.

— ¿Cuál de las dos es el polizón?

—Yo, teniente —se adelantó súbitamente Harriet.

González repasó especulativamente el rol de la tripulación, mirando después a la muchacha, en tanto que, David, mudo de asombro por la inesperada actitud de Harriet, no acertaba a decir palabra siquiera. Pero antes de que abriera la boca. González se adelantó:

—Usted figura en el rol, señorita Sullivan. ¿Olvida usted que hay una cosa que se llama fotografía?

—Ha sido muy buena conmigo, Harriet —terció Annette—, pero ya es hora de que pague mi imprevisión. Teniente —se dirigió al policía, que sonreía levemente, impávido—, el polizón soy yo. Annette Silverman, para lo que guste.

—Está bien. Vendrá conmigo y la devolveré a la Tierra. Tendré que imponer una fuerte multa a su capitán.

— ¡Yo no he tenido la culpa! —protestó éste.

—Usted ha pecado por negligente… —pero le interrumpió Annette acercándose sinuosamente hacia él.

—Me gustaría hablar a solas con usted, teniente.

Dos minutos después, un enorme fajo de garants era arrojado

despectivamente al suelo, delante del grupo formado por David, Harriet y los policías, en tanto que el rubor más intenso llegaba a las mejillas de Annette, fracasado su intento de soborno.

— ¡Vamos, ya hemos perdido demasiado el tiempo aquí! —murmuró en tono firme González, quien luego se dirigió a David—: Permanezca aquí hasta que reciba órdenes.

Mas en aquel momento ocurrió lo imprevisto.

David no estaba decidido a que se llevasen a Annette prisionera como si fuera una vulgar malhechora. Y como ella y el teniente se habían ido al extremo opuesto de la cabina, junto a la puerta de acceso, David tenía la mano junto al tablero de mandos y la movió hábilmente.

Súbitamente quedó desconectado el contacto que producía el campo gravitatorio artificial y, al quedar sin peso, todos se elevaron en ridículas posturas en el centro de la cabina, sorprendidos enormemente por aquella inesperada acción, que continuó de una manera mucho más sorprendente todavía.

Unas chispas eléctricas cruzaron la atmósfera, sacudiéndola con sus latigazos, y haciendo retorcerse cruelmente a los atónitos policías que no comprendían bien lo que ocurría. El cable que David sostenía en la mano serpeó, chasqueando, lanzando sus rayos, si no mortíferos, sí lo suficiente para evitar que los de la patrulla echaran mano a sus armas y, a buen seguro, si la situación no fuera tan dramática, que David riera de muy buena gana. Mas el momento no era para tomarlo a broma, ya que las dos muchachas, a pesar del empeño que había puesto en no tocarlas, sufrieron en alguna ocasión por los contactos de las descargas, que concluyeron atontando a los policías.

Cuantío esto ocurrió, David dio el contacto de nuevo —él se había asido con una mano a la palanca y por eso evitó el despegarse del suelo—, y todos, hombres y mujeres, cayeron pesadamente de nuevo al suelo.

Cerró el paso de la energía y, rápidamente, antes de que el teniente tuviera tiempo de recuperarse, dolorido todavía por los efectos sufridos al pasar la corriente por su cuerpo, le arrebató su «Bargan».

Esperó a que González se levantase. Lagrimeaban aún sus ojos y no solamente de cólera, cuando tuvo que obedecer las órdenes que

le dio Henríquez:

— ¡Llame a sus hombres! Todavía quedan cuatro en el interior de mi aparato.

—Esto le costará la vida, capitán. Se está haciendo culpable de delito de rebeldía contra una patrulla en servicio de control sideral.

— ¡Déjese de mojigangas y haga lo que le digo! O, ¿prefiere convertirse en una sencilla bolita de humo?

No hablaba en broma David y así hubo de comprenderlo el que ahora, vueltas las tornas, era su prisionero y a quien no se atrevieron a defender sus propios hombres, dándose cuenta de que el capitán de la espacionave los vigilaba atentamente al mismo tiempo.

González se resignó y tomó el micrófono:

— ¡Atención a los restantes miembros de la patrulla! Persónense inmediatamente en la cabina de pilotaje.

Mientras que el mensaje era difundido por toda la red de a bordo, David entregó su atomizadora a Harriet, diciéndole:

—No tema disparar si alguno de éstos se mueve,

E inmediatamente cogió dos, las de los dos soldados que tenía más cerca en tanto que, por medio de señas harto comprensibles, hacía alinearse a los demás junto a su oficial, en el que se veían las señales de una vergüenza y una cólera demasiado mal reprimidas.

—Le costará caro, Henríquez —volvió a farfullar el joven teniente, pero aquél no se molestó en otra cosa que en una imperceptible sonrisa de desdén, colocándose junto a la puerta en la que no tardaron en aparecer los cuatro policías que faltaban.

—Levanten las manos y no se muevan si no quieren convertirse en un asado antes de que tengan tiempo de enterarse de lo que les ocurre —ordenó David, secamente.

Tres de ellos alzaron los brazos, sin volverse siquiera, en cuanto escucharon la voz del que hablaba a sus espaldas, pero el cuarto quiso ser más valiente que los demás y echó mano a su pistola seguramente dispuesto a disparar.

La tocó, mas no pudo extraerla. Algo descendió con indescriptible violencia sobre su cráneo y cayó pesadamente al suelo.

— ¡Si alguno de vosotros quiere seguir su misma suerte…! —pero nadie se atrevió a moverse y en pocos minutos más estuvieron

desarmados, juntos en un indefenso pelotón en un lado de la cabina. Y entonces fue cuando David requirió la presencia de su segundo, que abrió mucho los ojos como si no creyera en el espectáculo que estaba presenciando,

— ¡Cielos! ¿Qué es esto, capitán?

Le contestó David de buen humor:

—Si alguna vez no ha visto a una docena de micos coaligados juntos, a partir de ahora ya no podrá decir lo mismo Keary. Tómeles sus armas, pronto.

Pero apenas había terminado el segundo su labor, cuando sonó el altavoz:

— ¡Teniente González! ¿A qué se debe ese retraso?

En un salto David se puso a su lado, oprimiéndole el costado con el cañón de la pistola. Le habló junto al oído:

—Dígales que han hallado al polizón y que se lo llevan inmediatamente.

— ¡No! —dijo González, tercamente, pero en el mismo instante sintió un agudísimo dolor junto a la oreja. David le había dado un ligero golpecito con la pistola y, abatido ya, González hizo lo que le pedían.

—Está bien —respondieron desde la nave patrullera—, pero dense prisa. Debemos reanudar nuestro camino y entregar el polizón en el próximo puesto.

Cerró David la comunicación y se dirigió hacia sus cautivos:

—Echen a andar. Y ojo con hacer la menor resistencia. Las manos en alto, no lo olviden.

Éstos obedecieron sin replicar.

Los encerró en la cámara almacén, en la misma que se había escondido durante tanto tiempo Annette, pasando antes por en medio de los sorprendidos tripulantes que no comprendían cómo su capitán se había hecho con aquellos odiados policías que en más de una ocasión temieron por su propia vida, cuando algún puño se alzó a su paso. Pero David contuvo con secas órdenes los conatos de golpearlos y no hubo que lamentar incidentes desagradables.

—Ahora —se volvió hacia Keary— necesito media docena de hombres decididos que no tengan inconveniente en jugarse el pellejo.

— ¿Para qué diablos los quiere, capitán? —inquirió Keary,

intrigado.

Éste le señaló la patrullera que se veía inmóvil a un par de kilómetros de distancia:

— ¿Qué adelantamos con capturar al teniente y a sus hombres, si no hacemos lo mismo con la astronave enemiga? En cuanto se enteren de lo que ha pasado, y no tardarán en sospechar si ven que González y los suyos no regresan, no les costará mucho largarnos un torpedo. Y entonces, ¡adiós expedición!

—Buena idea, capitán. Yo mismo iré.

—No. Si me ocurriera algo, usted tendría que continuar en el mando del aparato. Tráigame pronto a esos hombres. No podemos perder más tiempo.

Cinco minutos más tarde, seis hombres, entre los que se contaba aquel muchacho que le ayudara en el accidente, Smokens, se hallaban frente a él, cada uno de ellos con una atomizadora. David miró sus rostros y vio que podía confiar en ellos. Culligan, Dupertois, Benhaman, O'Leary y Smith eran sus hombres. Pasó, seguido de ellos al compartimento de presión, en el que se encontraban las dos pequeñas patrulleras en las que habían venido los investigadores. Dejando una, se metió con sus hombres en la primera que tuvo a mano, haciéndola estanca por el sencillo medio de cerrar la giratoria cúpula transparente y, a través del micrófono, ordenó:

—Keary, abra la compuerta exterior.

Salió zumbando hacia la patrullera que, aunque aparentemente inmóvil, navegaba por el espacio sosteniendo la misma velocidad que la astronave mercante. Se colocaron a su costado, apenas se abrió la compuerta y, cuando vio la señal verde de que ya era respirable el ambiente, saltó fuera.

La puerta de acceso se abrió, apareciendo allí un policía que lanzó un grito de asombro al ver que no era el teniente González quien regresaba, sino unos desconocidos cuyas intenciones, a juzgar por las armas que empuñaban, no podían ser buenas. No obstante, el soldado aquel era rápido de reflejos y, en tanto que aullaba como un poseído, trató de cerrar la puerta.

Sin embargo, David no era precisamente lento y, aunque desde el punto en que estaba, aun saltando con todas sus fuerzas, ya no podría impedir el quedar aislados, lo que representaría su muerte

segura por asfixia cuando se escapase el aire, su mano, obrando simultáneamente con los dictados de su mente, voló hacia la pistolera, de la que salió la «Bargan», que escupió una azulada llamarada.

El impacto no dio en el hombre. Esto quizás hubiera sido contraproducente, ya que la puerta, por inercia, hubiera continuado su movimiento giratorio, cerrándose automáticamente, sino en la cerradura que se desintegró instantáneamente abriendo un ancho boquete semicircular en el borde de la puerta. El policía, viendo frustradas sus intenciones, huyó lanzando alaridos, poniendo en conmoción el interior de la nave.

David juró para sus adentros, viendo ya descartada toda posibilidad de una sorpresa, pero no se entretuvo en lamentarse, sino que de un salto se precipitó en el interior de la patrullera, en el mismo momento en que varios hombres armados acudían a reprimir aquel asalto.

La pistola del terrestre tableteó siniestramente, pero no dio a ninguno de los soldados que, al ver los fogonazos de las explosiones que desintegraban los muros de acero abriendo en ellos amplios boquetes como si fueran de manteca, empavorecieron repentinamente, huyendo por el mismo sitio que habían venido, cosa que aprovechó David para hacer una serie de extrañas manipulaciones en un aparatito del tamaño de una pitillera, de un par de centímetros de grueso que extrajo de uno de sus bolsillos, arrojando a continuación, en medio del estupor de sus propios hombres, la atomizadora.

—Podéis hacer lo mismo vosotros. Ya no son más que unos cacharros que no valen siquiera el metal de que están construidas.

— ¿Qué diablos ha hecho usted, capitán? —preguntó Benhaman, hablando por los demás.

—He emitido unas ondas especiales que anulan el mecanismo eléctrico de disparo de las «Bargan». No podrán hacernos el menor daño. Esto nos será mucho más útil.

Y al mismo tiempo que hablaba, sacó del otro bolsillo un niquelado, sí que prehistórico «Colt» 38, cuyo tambor hizo girar con delectación, complaciéndose en escuchar los ruiditos del engranaje.

En aquel momento apareció el capitán de la patrullera, un mayor de la policía, armado con un fusil de la misma marca que las

pistolas y que sin la menor duda ni vacilación se echó a la cara.

David rió abundantemente cuando vio los saltos laterales que dieron sus hombres al tratar de escapar de las que ellos creían mortíferas descargas desintegrantes, y todavía tuvo más motivo de risa cuando el oficial oprimió en vano el disparador de su fusil.

El mismo asombro que experimentaba al ver que no le respondía un arma hasta entonces tenida por infalible, le dejó extático, como de piedra, como si no acabase de creer lo que estaba sucediendo.

—Ahora no le sirve su «Bargan» para nada, mayor —sonrió avanzando hacia él David, encañonándole con el revólver—. Este antiquísimo aparatito es mucho más útil.

El policía no comprendió lo que le pasaba, pero en su pecho se levantó súbitamente un volcán de furor y se arrojó, tomando el fusil a modo de maza, sobre David que, aguardando a pie firme, impertérrito, el momento en que la culata del arma cayera sobre él, permaneció inmóvil hasta el momento oportuno, hizo un ágil movimiento a un lado, antes que el coaligado tuviera tiempo siquiera de rectificar el suyo. Y acto seguido, el cañón del revólver le golpeó duramente en la frente, mientras que se tambaleaba al no hallar la resistencia apreciada debidamente.

Cayó inerte al suelo y el reducir a los restantes miembros de la tripulación fue tarea relativamente fácil. Costó algún golpe y más de un terrestre acusó en sus pómulos la resistencia de los policías, pero éstos, como su jefe, se hallaban desmoralizados por el inexplicable fallo de los atomizadores y acabaron por entregarse como corderos.

Maniobrando en los mandos de la patrullera, David la colocó al lado de su nave, estableciendo el pasillo aislado del vacío que el jefe de la fuerza, precautoriamente, no había querido tender, y traspasó a los prisioneros a la suya.

—En seguida vuelvo —y se metió dentro de la nave de vigilancia, en la que permaneció durante diez minutos, tras haber encargado el encierro de los prisioneros.

Una vez en su aparato, llamó al segundo:

— ¿Listas las máquinas, Keary?

—Sí, capitán. Pero no podremos alcanzar el máximo de velocidad. Apenas llegaremos a los cuatrocientos mil y aun así, exponiendo bastante.

—Está bien. Ponga a trescientos cincuenta. Es preferible perder

unos días que no el pellejo por arriesgarnos en buscar algo que no se nos puede escapar.

—Coincido con usted, capitán —replicó el segundo—, ¡Máquinas uno y tres! ¡A trescientos cincuenta! Aceleren suavemente.

Eran unos expertos los maquinistas y por eso el aumento de velocidad no se hizo notar apenas. Y satisfecho de ver que las cosas le habían salido tan bien, David se dirigió hacia la cámara que había sido destinada a las dos mujeres. Tenía que preguntarle algo a su novia.

En el momento en que tocaba con los nudillos la puerta, un cárdeno fogonazo iluminó, a través de los «ojos de buey», con sus espectrales fulgores, el interior de la astronave y, durante unos segundos el rostro de David tomó lívidos tonos.

Se abrió la puerta y Annette apareció en ella. El hombre echó una rápida mirada, que quería ser indiferente, al fondo de la cámara y vio sentada en la litera inferior, fumando pensativamente, a Harriet. Mas la visión quedó ocultada en seguida por el abrazo de Annette.

— ¡Oh, querido! ¿Qué ha sido eso? Estoy asustada. Tengo miedo —gimoteó.

— ¿El fogonazo? —rió David, tratando calmarla, pero sintiéndose extrañamente aprensivo al ver que Harriet contemplaba la escena con ojos desprovistos de toda expresión. Se desasió suavemente del abrazo—. La patrullera. La volé. ¿Para qué iba a servirnos en medio del espacio si todos sus hombres se encuentran aquí?

— ¿No… no la notarán de menos, David?

Se encogió éste de hombros.

—Es un riesgo que debemos correr. Pero habiendo cogido prisioneros a sus miembros, bien podemos decir que reventó a causa de alguna grieta imprevista en sus tubos. Ya sabes que a veces el metal tiene esas extrañas bromas. Y, a propósito, no he venido aquí a explicarte mis intenciones, sino a saber las tuyas. ¿Qué mosca maligna te ha picado para impulsarte a meterte como un polizón?

Inclinó ella el rostro, ruborosa:

— ¡Oh, querido! ¿Cómo se te ocurre hacer una pregunta de tal índole? ¿Creías que iba a ser capaz de estar separada de ti durante tanto tiempo?

David emitió unos sonidos bastante parecidos a un carraspeo. Se sentía turbado. Aquellas palabras pronunciadas delante de Harriet, que continuaba en idéntica postura, hierática, sin mover un músculo de su rostro, le molestaban, y la actitud de su «esposa» mucho más. Se estremeció al recordar el detalle. ¡Su «esposa»! Si Annette se hubiera enterado… Pero, dejando a un lado estas consideraciones, se encaró con Harriet.

— ¿Sabía usted que mi novia se encontraba a bordo desde el primer día? —le preguntó en tono ligeramente áspero.

Ella se encogió de hombros. Su gesto hablaba suficientemente, por lo que David, sintiéndose exasperar, excitándose gradualmente, sin saber a ciencia cierta los motivos, le dijo con muy pocas bromas en sus frases:

— ¿Sabe que soy el capitán de esta nave y que puedo, como un miembro más de la tripulación que es usted, Harriet, castigarla?

— ¿Sí? —habló por primera vez en helado tono, a través de las espirales del cigarrillo.

—Sí. Y me parece que lo voy a hacer.

—Sea benevolente, capitán —dijo súbitamente una voz a su espalda y David se volvió, viendo a Arnoulh que sonreía plácidamente—. Es una lástima imponer una sanción a una chica tan hermosa.

—Cómo se conoce que usted no ha tenido que resolver el aprieto en que nos hemos visto por culpa de ella. De las dos, sería más justo decir.

—Capitán —Arnoulh agitó reprobadoramente su índice en el aire—, no olvide usted que una de las muchachas es su prometida.

—Lo mismo da. Por encima de toda consideración personal, está la seguridad de la astronave de la que, a su vez, depende el feliz éxito o el fracaso de nuestra misión. ¿O es que ustedes me contrataron —subrayó despectivamente esta palabra— para que fuera un personaje decorativo? Cuando llevo a cabo una misión, la desempeño a conciencia. No lo olvide, Arnoulh, y le conviene tener presente en todo momento que soy la máxima autoridad a bordo.

—Estamos por completo de acuerdo con ello —dijo sonriendo plácidamente Arnoulh, y David, furioso consigo mismo, sin saber exactamente la causa que le motivaba aquel desagrado, se marchó sin decir ni una palabra más, sin atender a las de su novia que le

llamaba, estupefacta por tan insólita actitud.

No sabiendo dónde ir, sin poder huir de sí mismo, se refugió en el puesto de pilotaje, donde Keary le acogió con algo que le hizo olvidarse al instante de todas sus preocupaciones sentimentales.

—El boquete en el costado del aparato no fue causado por el choque con un meteorito, capitán. Hubo una mano culpable que provocó la explosión, pues una explosión fue la causa del accidente.

CAPITULO IX

Impresionante, en verdad, era el espectáculo de aquel lugar de Júpiter en que se hallaban y que era el destinado a la carga del hidrógeno líquido, tan precioso en la fabricación de astronaves y cuyo empleo estaba harto restringido en la Tierra.

Desde una altura superior a los mil metros, una vertical catarata de un líquido rojizo, sin ruido, casi espectralmente, se desplomaba por las paredes cortadas a pico, sin hallar ningún obstáculo en su interminable caída que concluía en un espaciosísimo estanque que debía tener salida por algún conducto subterráneo, pues de él no partía ningún arroyo del hidrógeno líquido que iluminaba con sus anaranjados fulgores la casi continua semioscuridad del lugar en que se hallaban, aliviada durante las horas de trabajo por la luz de potentes reflectores instalados en diversos sitios y a los que comunicaba la luz la central de la astronave.

Durante las horas de trabajo todos iban con traje de vacío. La atmósfera allí, en Júpiter, era irrespirable y los gases que se desprendían del lago y de la catarata eran mefíticos en extremo, ya que el hidrógeno no se hallaba en estado completamente puro, pureza que adquiría en la Tierra después de las debidas manipulaciones. Ahora, los expedicionarios se limitaban a llenar, mediante máquinas especiales que producían las presiones necesarias, las bombas esféricas, de dos metros de diámetro, construidas así con objeto de repartir uniformemente la presión del hidrógeno líquido, comprimido de tal forma que casi había pasado al estado sólido.

Y mientras trabajaba, David no cesaba de pensar en las palabras de su segundo, Keary. ¡No había sido un meteorito el causante del

terrible accidente que había causado una docena de bajas! Pero, ¿quién y por qué? Esta pregunta se la había formulado infinidad de veces David, hasta llegar al paroxismo mental, sin conseguir hallar la adecuada respuesta Había vigilado a Arnoulh, pero en vano. El hombre, si es que había sido él, era un zorro viejo, y no se dejaba sorprender así como así. Había que seguir vigilando.

Comprobó la presión de la bombona que estaban terminando de llenar, mirando las indicaciones del manómetro e hizo señas con la mano de que cesaran en la carga. Había llegado ya al límite razonable de seguridad y no convenía forzar la máquina. Con aquel cargamento que llevaban, las factorías del señor Silverman tendrían más que suficiente para dos o tres docenas de astronaves. Éstas repetirían el viaje, multiplicándose luego por la misma cantidad y así…

Una persona se acercó y sus pasos cortaron el hilo de los pensamientos de David que sonrió de mala gana al ver acercarse a Annette.

— ¡Hola! —dijo simplemente, cargando con la boca del tubo y enroscándola a la de una bombona vacía.

—David —Annette le puso una mano en el brazo.

— ¿Qué quieres? —preguntó él sin volverse, luchando denodadamente con una llave inglesa y la rosca correspondiente.

— ¿Qué es lo que te pasa que en los últimos días te has retraído de mí tanto? —no quiso andarse con rodeos la muchacha.

— ¿Retraído? ¡Je! ¡Qué cosas tienes, Annette! ¿No ves que estoy de trabajo hasta aquí —se señaló la escafandra— y que cuando llego arriba —señaló la astronave, a quinientos metros de distancia —, lo único que deseo es descansar?

Las especiosas razones de David no convencieron a Annette que prosiguió diciendo con tono de resignación:

—Antes no eras así, David… Antes, estuvieras o no fatigado, siempre venías a verme y te mostrabas atento y cariñoso. Pero ahora…

La muchacha no pudo continuar. Un soplo ardiente, cálido, como una llamarada exhalada por la boca de algún gigantesco alto horno, le cortó la frase, lanzándola a un lado, en el mismo tiempo que un fenomenal estampido se dejaba escuchar, conmoviendo fragorosamente las capas atmosféricas.

David estaba asido con ambas manos al tubo de carga y por ello evitó el verse en el suelo, pero cerrando la llave de paso, se precipitó sobre Annette, que pasada la primera impresión, comenzaba ya a levantarse.

— ¿Te ha ocurrido algo? —preguntó.

—No. Nada. Pero ¿qué ha sido eso?

—No lo sé —replicó él muy serio, presagiando algo que no era nada bueno, sobre todo cuando vio que los hombres corrían hacia el lugar en que se había producido la explosión y les imitó, dejando a Annette.

Al llegar allí se encontró con un cuadro dantesco.

Habían elegido aquel lugar del lago de hidrógeno líquido porque era la orilla más sólida, ya que en otras partes el suelo de Júpiter se encontraba en estado pastoso e inadecuado por completo para un firme asentamiento de la estación de carga de bombas. Pero, a pesar de la dureza de la roca, la indescriptible violencia de la explosión había abierto un anchísimo embudo de enorme profundidad, cuyos bordes, como los de un cráter, sobresalían más de dos metros del suelo. David, imaginándose lo que podía haber ocurrido si la explosión hubiera ocurrido a bordo, se estremeció. Luego se tranquilizó de una manera harto singular. No se hubieran enterado siquiera. Los dos centenares de bombonas hubieran estallado por simpatía y los astrónomos terrestres se hubieran vuelto locos al registrar sus cámaras automáticas una explosión inesperada. Pero los viajeros ni se hubieran enterado.

Tres o cuatro cuerpos destrozados yacían en violentas posturas y a David le bastó echar una mirada para darse cuenta de que no necesitaban ya ningún auxilio.

—Una pala es todo lo que les hace falta —murmuró alguien a su lado y, volviéndose, apreció que era Keary.

— ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo ha sido esto?

El segundo se encogió de hombros:

—No lo sé. Alguien me llamó porque tenía dificultades con el manómetro de una bombona y apenas me había alejado veinte pasos de aquí, cuando sonó el tiro. Planeé un buen rato en el aire, no crea, y no pensé salir con bien del atasco.

— ¿Cuántos hombres han muerto?

Keary se encogió de hombros:

—Esos que se ven no estaban cargando la bombona que hizo explosión. Los… —tragó saliva—. Los que la llenaban… no se ven.

—Esto es ya muy sospechoso, Keary. ¿No le parece así? Usted me dijo que no había habido tal meteorito.

—Y lo sostengo, señor. Si hubiera sido pequeño el corpúsculo celeste, no hubiera abierto una brecha tan enorme. Ya sabe usted que, sumando las dos velocidades, la del meteoro y la de la astronave, cuando son pequeños, abren un orificio como si fueran lanzados por un fusil. Pero si hubiera sido del tamaño adecuado al boquete, ¿no cree usted que hubiéramos hallado algún rastro, alguna presencia de él? Tenga en cuenta que, a veces, los meteoros son prácticamente de hierro en estado nativo y no simple roca que puede pulverizarse al choque. Y no había señales de polvo como tampoco de ningún fragmento extraño. Esto por una parte. Por la otra, la deducción es ya de lo más elemental. Los bordes de las planchas destrozadas estaban hacia fuera y no hacia dentro, como hubiera sido lo lógico, de haber penetrado en la nave, por medio de la violencia, un cuerpo extraño. En cambio, al estallar una carga explosiva, hábilmente colocada, entre la pared de la pila que se inutilizó y la del aparato, proyectó, combándolas, las planchas hacia el exterior.

—Es usted muy observador, Keary. Pero todo lo que dice es incuestionable.

—Se trata de mi pellejo, capitán. Tenga en cuenta que me he salvado de morir por un pelo —dijo el segundo—. Y esto no me agrada nada, señor. Como pesque a ese fulano, le aseguro que no lo va a pasar muy bien. Por lo menos ha hecho morir a veinte de los nuestros. No me importa jugarme el tipo por nuestros ideales terraquistas, pero, ¡caramba!, eso de que a cada paso que dé uno tenga que andar pensando cuál es la persona que te va a traicionar al siguiente minuto, ¡eso no me gusta un pelo! No, señor.

—Bien, bien, Keary. Cálmese. Ahora lo que interesa es hallar al tipo que ha causado las muertes. Y para evitarlo, usted y yo vamos a hacer una cosa.

Se la explicó y el segundo asintió.

—Sí, señor. E incluso creo que podríamos participárselo a Smokens. Es un buen chico y de toda confianza. Ya lo vio usted mismo.

—De acuerdo. Pero a nadie más. Empezaremos esta misma noche.

Que no era tal, sino el período de descanso, pero suprimidos los resplandores de los focos, el lugar aquel quedaba sumido en una media oscuridad, disipada casi únicamente por la catarata de hidrógeno, ya que la luz que emitían las once luces del planeta, no todas visibles en aquellos momentos, era asimismo insuficiente. Pero desde la astronave al lugar en que se cargaban las bombonas había quinientos metros de camino irregular, era fácil ir, escondiéndose en los salientes del terreno.

Cenó David apresuradamente, sin hablar apenas con nadie, embargado su ánimo por las preocupaciones que le bullían en el magín y, despidiéndose indiferentemente, simuló retirarse a su cámara, aguardando el momento en que todo el mundo le imitara, momento que no tardó mucho en llegar. El trabajo era duro ya de por sí, y debían recuperar, además y en lo posible, el tiempo perdido por avería en los motores que al reducir la velocidad de la espacionave, les había hecho emplear más días de los calculados. Quizá no les bastara la semana que Silverman había concedido para imprevistos, y al recordar esto, David sonrió con amargura. Si su futuro suegro hubiera sabido de qué «imprevistos» se trataba…

Cuando creyó llegada la hora, tras arrojar al suelo la colilla del pitillo fumado impacientemente, empezó a equiparse con su traje de presión y después de ponérselo, buscó algo que pensaba llevarse.

Se sobresaltó al no encontrarlo. Buscó con gradual frenesí, revolviéndolo todo, echando a un lado, sin contemplaciones, las ropas de su litera. Buceó en los cajones del «secretaire» que le servía de oficina, y todos sus esfuerzos resultaron infructuosos, en tanto que sentía cubrírsele la frente de un frío sudor.

¡EL REVÓLVER «COLT» 38 HABÍA DESAPARECIDO!

Durante un par de minutos se quedó como alelado, sin saber qué hacer. Forzó su memoria y por más que lo intentó no logró hallar otro recuerdo que el del regreso de la patrullera. Los policías habían sido encerrados y él estaba seguro, absolutamente seguro —hubiera puesto la mano en el lago de hidrógeno líquido—, de que había guardado el revólver en su cámara. Alguien había penetrado en ella y se lo había arrebatado. Esto era indudable. Pero, ¿quién?

A continuación se dirigió hacia determinada cámara, ante la

que, dando cabezadas, había un hombre. Arrastrándose casi, en el más absoluto de los silencios, llegó muy cerca de él, mas, en aquel momento el vigilante se despertó sobresaltado. En el principio del sueño en que estaba cayendo había visto un hombre que se le acercaba, y su estupefacción fue infinita al ver que el sueño no solamente se había hecho realidad, sino que era su propio capitán quien se le acercaba con intenciones no muy claras.

Abrió la boca para gritar instintivamente, pero la cerró al momento, en contra de su voluntad. David se había arrojado hacia adelante de un salto, golpeando duramente, con el puño cerrado, la mandíbula del hombre que tenía delante, quien, con un suspiro, cayó hacia atrás. Se inclinó sobre él y le sacó la llave del cuarto que custodiaba.

Cinco minutos más tarde salía de éste y empezaba el descenso al suelo de Júpiter dirigiéndose por los lugares que mejor podían ocultarle, al lugar en que se había instalado el campamento de trabajo, repleto, aparte de las enormes bombonas, de toda clase de maquinaria auxiliar necesaria para la carga de los depósitos que contendrían el hidrógeno.

Inclinándose, corrió por las filas de metálicas esferas, deteniéndose muy pronto. ¿Dónde diablos podía estar Keary? Y en aquel momento sus ojos captaron una escena que le llenó de horror, al mismo tiempo que en su corazón sentía levantarse una rugiente tormenta de odio.

Dos hombres, vestidos de la misma manera que él, llevaban otro en brazos, sujetándole a pesar de sus desesperados esfuerzos, encaminándole hacia el borde, algo escarpado en aquel sitio, del lago de hidrógeno, y que se encontraba a una docena de metros sobre el nivel del mortífero líquido.

Corrió David, tratando de salvar a Keary y hacerle huir a la espantosa muerte que le estaba reservada, mas, a pesar de todos sus esfuerzos, llegó tarde.

Balanceándolo trágicamente, el cuerpo del segundo describió una parábola y fue a hundirse en el ardiente lago que le esperaba unos metros más abajo.

Con siniestro chapoteo que llegó claramente a los oídos de David, que había conectado su transmisor para percibir claramente todos los ruidos, chapoteo que ahogó el alarido de pánico del

infortunado Keary, igualmente transmitido por su radio portátil, consustancial con su traje aislador, el desdichado segundo desapareció en el líquido que cerró su superficie sobre el cuerpo que se ofrecía a su devorador abrazo, recobrando al instante su normal apariencia.

En aquel momento los dos hombres se dieron cuenta de su presencia, y uno de ellos empuñó algo plateado, que refulgió con rojizos resplandores, cuando la luz de la catarata de hidrógeno se reflejó en el metal.

El revólver escupió una llamarada y una bala silbó sobre la cabeza de David.

Uno de los dos hombres echó a correr hacia la astronave, en tanto que el que tenía el arma, se quedó haciendo frente a Henríquez, quien hubo de arrojarse al suelo para evitar las consecuencias de un segundo disparo. Una simple perforación en la escafandra podría traerle resultados imprevisibles al permitir la entrada de los gases de aquella inficionada atmósfera.

Rodó sobre sí mismo, en el mismo momento en que la tercera bala levantaba una nubecilla de piedras desmenuzadas en el lugar que acababa de abandonar, y de un salto se escondió detrás de una bombona.

Una bala chocó contra la metálica superficie, produciendo un agudísimo gemido que se perdió a lo lejos e instantáneamente la sangre se le heló en las venas a David, al comprender el gravísimo peligro en que se hallaba.

En aquel momento algo atrajo la atención de David. Todas las luces de la espacionave, iluminándose repentinamente en medio centenar de amarillos ojos, se encendieron simultáneamente y esto le dio la idea de que la lucha había empezado allí. Pero su enemigo estaba enfrente.

CAPÍTULO X

De repente apareció casi frente a él y David hubo de dar un prodigioso salto para no ser alcanzado por el balazo, disparado casi a quemarropa y que de nuevo rebotó contra una esférica bombona. Entonces recurrió a una argucia de inigualable riesgo.

Como si hubiera perdido el control de sus nervios, echó a correr, zigzagueando para dificultar la puntería a su agresor, y éste, confiado, salió al descubierto.

La bala levantó numerosos fragmentos de roca casi a los mismos pies de David que, creyendo llegado su momento, detuvo su marcha, regresando al punto de partida, dándose cuenta de que su antagonista se había esfumado.

Andando con infinitas precauciones, David se fue deslizando por entre las filas de esferas, tratando de buscar a su enemigo, y al no encontrarlo, volvió sobre sus pasos, hasta llegar a una de las bombas aspirantes junto al lago, casi en el mismo sitio en que fuera arrojado el infortunado Keary.

Aprensivo miró en todas direcciones. Su antagonista no había huido hacia el aparato. De ello estaba seguro, porque el campamento de trabajo estaba en un plano ligeramente superior al lugar en que se hallaba posada la espacionave, y lo hubiera visto huir hacia allí. Pero de súbito sintió ruido a su espalda.

No tuvo tiempo siquiera de volverse. Antes de que lograra intentarlo, unos brazos hercúleos le sujetaron los suyos, al mismo tiempo que una rodilla le ejercía intolerable presión en el centro de la espalda, curvándosela hacia atrás.

Al mismo tiempo, la mano derecha de su rival, tanteando, halló primeramente la llave de contacto del transmisor, que cerró, con lo

que los oídos de David quedaron desconectados en absoluto del mundo exterior a su escafandra. Luego, de la misma manera, el paso del oxígeno fue cortado y David lo notó instantáneamente.

Luchó con la energía que le daba la desesperación, sabiendo que el otro no pretendía otra cosa que aguantarlo hasta que, agotado el aire de sus pulmones, cediera en sus esfuerzos. El resto era fácil de suponerse. El salto mortal hacia el lago de hidrógeno, cuyos rojizos vapores se desflecaban tenuemente en la atmósfera.

Pero David vio claramente que todos sus esfuerzos iban a resultar inútiles. Lenta, pero irremisiblemente, el aire le iba faltando y su ausencia se dejaba sentir en los pulmones, que parecían estallarle. Y al mismo tiempo, su contrincante, para facilitar más su tarea, procuraba empujarle hacia el borde rocoso, ya a muy pocos metros de distancia.

En un par de ocasiones reaccionó David con terrible violencia, sin servirle para nada sus esfuerzos, hasta que, viendo que todo era inútil, recurrió en último extremo a una treta desesperada. Sus ojos empezaban ya a empañársele, e incluso sentía en sus labios los violentos e intermitentes latidos de su corazón, sometido a inusitados trabajos.

Relajó todos sus músculos, pero no lo hizo repentinamente, cosa que hubiera hecho entrar en sospechas a su rival, sino que lo hizo gradualmente, procurando desempeñar el papel, con bastante fidelidad por cierto, del hombre que se ve acometido por la asfixia. Y cuando creyó llegado el momento, hizo un súbito e inesperado esfuerzo que, para alegría de David, en esta ocasión sí que cogió desprevenido a su enemigo.

La presión de los brazos de éste se aflojó un instante, solamente un instante, ya que reaccionó con sin igual rapidez, pero ya era tarde. Aquella décima de segundo sabía sido sumamente útil a David, que volteó a su enemigo, haciéndole caer de cabeza al suelo delante de él.

Inmediatamente se levantó, pero fue rechazado por un terrible puñetazo de David que le hizo doblarse sobre sí mismo. De no haber mediado la protección del traje aislante, aquel golpe hubiera bastado para concluir la partida, pero el hombre retrocedió un paso, para tomar aliento y recuperarse, de lo que se alegró David que abrió el paso del oxígeno, sintiendo volver de nuevo a la vida.

Hecho esto, se dispuso a aguantar las acometidas de su contrario, que ya se había enderezado.

Sin embargo no llegó a lanzarse sobre David. Había retrocedido, en parte impulsado por el golpe recibido, y en parte para recobrarse, sin darse cuenta de que se hallaba al borde del pequeño acantilado rocoso, exactamente en el mismo lugar en que fuera arrojado Keary. Y súbitamente su pie derecho pisó una roca mal sujeta, que se desprendió, cayendo hacia abajo y quedándose sin aquel apoyo.

El hombre abrió la boca, gritando espantado al comprender la horrible suerte que le esperaba doce metros más abajo. Braceó frenético, desesperadamente, tratando de hallar algún asidero que no encontró, y a David le pareció una cosa extraña que moviera la boca, cuando no le llegaba ningún sonido, ya que no se había acordado de conectar el transmisor.

Acabó de perder el equilibrio.

Y, castigado de la misma forma que él asesinara a Keary, el padre de Annette, el opulento, el acaudalado Silverman desapareció en el lago de hidrógeno, que saltó en gotas que, por extraña coincidencia, le parecieron a David como de su propia sangre.

Se sentó éste jadeando, tratando de recuperar la normalidad de su respiración, estupefacto todavía, sin comprender el misterio de que el padre de su novia fuera el ser desconocido que había provocado las dos explosiones. Pero de repente se acordó de la astronave y, levantándose, echó a correr hacia ella.

Fue interrumpido su caminar por una docena de hombres, al frente de los cuales iba el teniente González que se detuvo al ver a David.

— ¿Qué ha ocurrido?

—Logramos escaparnos y ya estábamos a punto de salir cuando entró Arnoulh, sorprendiéndonos y dando la alarma. Nos estuvimos tiroteando un rato, muriendo el mayor Koenig y varios de mis hombres, desintegrados, así como un buen golpe de los de ellos, pero de repente alguien usó el interferidor de ondas, y el mecanismo de disparo de las «Bargan» quedó inutilizado.

—Veo que las llevan ustedes en la mano —observó David.

— ¿Qué íbamos a hacer, señor? No podíamos dejárselas a ellos.

—No se preocupe. Yo remediaré el asunto. Déme la suya.

González se la entregó y en pocos instantes quedó desarmada. David tomó el mecanismo y manipuló en él, estableciendo un circuito de diferente diseño, armándola a continuación.

—Ahora el interferidor de ondas no servirá. A menos que no varíen la longitud de las que emiten y para eso será tarde, porque se llevarán una sorpresa.

—Sí, pero ellos son muchos más que nosotros. Cuatro veces al menos.

—No olvide que todavía estamos vivos, González —sonrió David —, y que esperamos algo que no tardará en llegar. Ande, haga con las demás pistolas lo mismo que me ha visto hacer a mí…

Le interrumpió una voz que sonó simultáneamente en todos los pequeños micrófonos que llevaban todas las escafandras.

— ¡David Henríquez! ¡Es usted un traidor! —era Arnoulh el que hablaba, hecho un basilisco, lo que se apreciaba claramente en el tono de su voz—. Entréguese para que los «Rebeldes de la Galaxia» hagamos justicia.

—No sea melodramático, hombre —le repuso David—. Ustedes son quienes han de hacerlo, para evitar una pena grave.

— ¡Henríquez! Si no lo hace así, mataré a Annette. Es su novia, ¿no lo recuerda?

—Sí. Claro. Pero ¿por qué no le dice su modo tan raro de jugar con dos barajas? ¿Por qué no le dice que fue usted, junto con la otra persona que, por respeto a ella no quiero nombrar, quienes causaron las dos explosiones que mataron a veinte de nuestros hombres?

Hasta los oídos de David llegó el murmullo de los que se encontraban en la astronave, y se complugo en observarlo. Parecía como si la autoridad de Arnoulh se hubieran debilitado, y David continuó remachando el clavo.

— ¿Por qué no cuenta a Annette que entre usted y el otro mataron a mi segundo, Keary, arrojándolo al lago de hidrógeno?

—Era un traidor, como lo es usted, y los traidores no tienen más que un fin.

—Sí, y el otro un ambicioso que solamente deseaba que yo le sacase del atolladero para lucrarse con el hidrógeno. Hubieran quedados ustedes bien con ambos bandos, y la jugada les hubiera salido redonda. No les importaron unas cuantas vidas con tal de

llevar a buen fin el término de su criminal empresa.

En aquel momento se oyó la voz de Annette, que exclamaba:

— ¡David! ¡David! ¿Cómo has podido descender tan bajo como para traicionarnos? Nunca te hubiera creído capaz de tal deshonor.

—Puede que lo llames así, pero esta empresa estaba condenada al fracaso desde un principio. No puedo consentir que en nuestro planeta se sigan instigando guerras. Es mejor integrarse en la pacífica Coalición.

— ¡Traidor! ¡No mereces otro nombre, David! Me avergüenzo de haberte amado.

David sintió una honda desgarradura en el alma, pero no podía retroceder. Había pasado su Rubicón hacia tiempo y por ello, desechando a un lado particulares sentimientos, llamó:

— ¡Arnoulh! Le aconsejo que se rinda. Seremos justos con usted al juzgarlo.

— ¿Justos? —rió el otro, desagradablemente—. Ya sé cuál es la justicia de la Coalición. Justicia de traidores…

—No siga, por favor. Antes de insultar, dígale a Annette cuál era el nombre del otro que le ayudó en sus sabotajes. Ustedes ya estaban enterados de mi plan y por eso provocaron esas muertes, para poder achacármelas en su día. Ande, no se detenga, dígaselo.

— ¿Quién era, señor Arnoulh? —y David se imaginó a Annette, palidecer al presumir lo peor, lo cual era cierto.

El otro la contestó bruscamente:

— ¡Su padre, señorita Silverman! ¡Su padre que ha muerto a manos de ese monstruo de la traición que no ha vacilado en derramar la sangre de un hombre fiel a sus ideas terraquistas y que murió sacrificándose por ellas, a pesar del fango que Henríquez quiere derramar ahora sobre su nombre, para salvar el suyo!

— ¡Mentira! —gritó David, pero por las palabras que pronunció la que era ya su ex novia, comprendió que había caído en la hábil trampa dialéctica tendida por Arnoulh.

—Además de traidor eres un criminal de la peor especie, David, y si el señor Arnoulh no me da un rifle yo se lo quitaré. Nada me complacería tanto como matarte yo misma.

Debió hacerlo, porque al momento silbó una bala. Alguien había disparado desde la escotilla de la astronave, en la que brilló un fogonazo.

— ¡No! —gritó Arnoulh—. Hay algo mejor. Haremos fuego contra las bombonas. No quedará uno vivo para contarlo.

David comprendió instantáneamente el gravísimo peligro en que se encontraban. No solamente había conseguido sugestionar Arnoulh a Annette, sino también a sus hombres, y éstos, al pie ya de la astronave, avanzaban a paso de carga, sobre ellos, disparando frenéticamente.

Uno de los hombres de González lanzó de repente un aullido y cayó al suelo, quedando súbitamente inmóvil.

— ¡Desplegaos! —aulló David—. Dejadlos que se acerquen. Están confiados en que nuestras «Bargan» no funcionan, y eso será su perdición. Pero hay todavía demasiada distancia para que nuestros disparos sean eficaces.

Hizo un par de disparos de prueba y, naturalmente, quedaron cortos. Pero de esta forma logró contener el avance enemigo. La sorpresa era evidente. Confiaban en el interferidor de ondas y súbitamente los hombres de Arnoulh veían que les había fallado, hecho para ellos inexplicable.

Flaquearon las filas contrarias y David, aprovechándose del hecho, ordenó un avance de sus escasas fuerzas, bien desplegadas para evitar en lo posible los blancos contrarios. No obstante, no pudo evitar que un par de hombres resultaran alcanzadas, mas logrando ponerse a tiro y soltando una ráfaga de disparos desintegrantes que puso pavor en el ánimo de los terrestres, viendo que las rocas que les rodeaban se deshacían repentinamente.

—Procurad asustarlos, si ello es posible. No disparéis a dar, más que en caso necesario.

Unos cuantos hicieron resistencia, pero cuando vieron que los cuerpos de los que les rodeaban se convertían en una serie de parduscas volutas de humo, su decepción fue infinita y se manifestó en el incuestionable gesto que hicieron de arrojar las armas y levantar los brazos.

David continuó avanzando. Ordenó que se quedaran todos quietos, al pie del aparato, y subió arriba, dejando a los terrestres custodiados por González y sus hombres.

Se tropezó primeramente con Harriet, que le miró profundamente, de arriba abajo, con infinito desprecio, desviando a continuación su mirada, como si presenciara algo horrible, pero de

repente, antes de que tuviera tiempo siquiera de dolerse de la acción de la muchacha, Arnoulh y Annette se le aparecieron a la entrada de la sala de mandos.

Algo cayó, con metálico sonido, a los pies de David quien, extrañado, se inclinó, viendo un aro rodar por el suelo.

— ¡Toma! —exclamó Annette—. De buena gana me haría cortar el dedo.

Arnoulh fue más concluyente en sus palabras. Empuñaba un rifle, que encañonaba directamente al vientre de David.

—Si tiene que rezar, hágalo. Voy a castigar su traición, Henríquez, y le concedo solamente un minuto. No me importa lo que sea de mí después.

El arma de David chocó contra el suelo. Sonrió.

— ¿Puede un condenado a muerte fumar su último cigarrillo? —y sin esperar a más, lo encendió, arrojándolo a continuación contra los pies de Arnoulh, quien, sorprendido, apretó el gatillo, en el mismo momento en que David saltaba a un lado.

Cerró los ojos por dos causas. Una de ellas fue el fogonazo del magnesio y otra el vivísimo dolor que sintió en el hombro cuando le fue atravesado por el proyectil blindado. Cayó sobre sí mismo, pero, haciendo un supremo esfuerzo logró levantarse y, atravesando la nube de humo, tanteó hasta hallar el cuerpo de Arnoulh, que se debatía inútilmente.

Su último gesto consciente, antes de sumirse en un hondo pozo negro, fue el de aplicar su puño a la mandíbula de su rival. Después, un manto de espesas tinieblas cayó sobre su mente.

* * *

—En verdad que fue una magnífica labor —dijo el general Mulliner a David, sentado todavía en su litera, con el hombro vendado y el brazo en cabestrillo—. Aquel espía que intentó asesinarle con la trampa del silicato y que usted desarmó con el truco de la presión en los centros nerviosos de la base del cráneo, nos sirvió de mucho. Casi tanto como usted —sonrió finalmente el jefe del Servicio de Inteligencia de la Coalición.

— ¿Qué ha sido de Arnoulh? —inquirió David.

Mulliner expulsó el humo de su cigarrillo:

—Actualmente es menos que esto —apartó las azules volutas con la mano—. Pero no fue por su rebeldía. A los demás los hemos perdonado. La Coalición no quiere sangre. Ha sido un justo castigo a la muerte de los que asesinaron a sangre fría Silverman y él. En realidad, los traidores fueron ellos.

—Pero todo el mundo los considerará como los verdaderos héroes de esta aventura —murmuró amargamente David.

—Usted sabe que su conciencia está tranquila, Henríquez. Su colaboración ha sido decisiva. Nadie se atreverá ya a moverse en la Tierra y, cuando hayan pasado las generaciones, su gesto será apreciado en lo que realmente, en el fondo, vale. No por las apariencias que ahora le condenan. Las guerras ya se han acabado en ese viejo y estúpido planeta.

David no contestó. Su mirada se perdía en el techo. Había servido a los intereses de la Tierra, pero no sabrían apreciar su gesto, sino todo lo contrario. Presentía que su nombre sería execrado, maldecido, sino prohibido el pronunciarlo, mas los mismos que renegaran de su HÉROE ignorando que gracias a su renuncia, ellos y sus descendientes gozarían de una paz eterna, duradera.

—Por ahora no volverá usted a la Tierra, Henríquez. Comprendemos que sería impopular y sólo podríamos evitar esto matando a todos cuantos están en el secreto de lo que ha ocurrido. Es preferible que haya sólo una víctima. Compréndalo, Henríquez —dijo el general.

—Sí. He resuelto un grave problema para ustedes, y ese es el pago que recibo —murmuró, con infinita decepción en su tono, David.

—Ganímedes es un buen satélite, donde usted habitará, con algunos terrestres que están cansados de su planeta. La Coalición ha decidido dárselo como recompensa, en propiedad. Para usted y sus descendientes.

— ¿Descendientes? —preguntó David—. ¿Quién va a ser la mujer que desee ser la madre de los hijos de un traidor?

Había una. Pero David no lo supo hasta el momento de partir hacia el satélite de Júpiter, en la espacionave que le había cedido Mulliner. Junto a él, se hallaba Smokens, ya restablecido y convencido por completo.

—Mi novia vendrá aquí. Ya he comunicado con ella y está conforme —dijo el muchacho, alborozado.

— ¡Enhorabuena! —sonrió levemente David, pero en aquel momento advirtió una leve presión en su hombro.

Se volvió. Sus ojos se abrieron desmesuradamente. Harriet le sonreía:

—Quiero ser la esposa de un traidor —cerró los ojos al pronunciar esta palabra, continuando—: Es decir, si tú no tienes inconveniente.

Se levantó, poniéndola la mano sobre los hombros:

— ¿Tú, Harriet? ¿Sabes lo que te dices?

—Sí —le contestó ella serenamente—. Sólo un hombre como tú aceptaría tal responsabilidad; solamente tú has sido capaz de dejar que tu nombre sea una deshonra solamente con pronunciarlo, pero yo sé que tienes razón, que siempre la tuviste al obrar de la forma en que lo hiciste.

La abrazó, gozoso, y ella apretó su cuerpo contra el de David, como si no creyese en su felicidad.

—Entonces, ¿me aceptas?

— ¿Que si te acepto? —rió él. Las negras nubes de la amargura que invadían su espíritu se disipaban rápidamente—. Di mejor si soy yo quien debe hacer esa pregunta.

La respuesta de ella fue ofrecerle sus labios y cuando éstos se separaron, la sentó junto a sí, ayudándola a sujetarse con las correas. Luego, sus ojos, brillantes de felicidad, miraron al muchacho que tenía al lado:

—Smokens, ¡rumbo a Ganímedes!

FIN